

CAMINOS SIN REGRESO
(Acordes de Vida, Soledad, Sangre y Olvido)

WILLIAM FABIÁN CALVACHE OBANDO

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO

2017

CAMINOS SIN REGRESO
(Acordes de Vida, Soledad, Sangre y Olvido)

WILLIAM FABIÁN CALVACHE OBANDO

**Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar al título de
Licenciado en Filosofía y Letras**

Asesor

JAIRO E. RODRÍGUEZ ROSALES

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES Y FILOSOFÍA
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO

2017

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones aportadas en el trabajo de grado, son responsabilidad del autor. Artículo 1 del acuerdo N° 324 de octubre 11 de 1966, emanado por el Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño”.

Nota de aceptación

Jurado

Jurado

Asesor

San Juan de Pasto, abril de 2017

DEDICATORIA

A mis padres, Mariela y Luis, por su amor infinito, su comprensión y su fuerza en cada paso; a mi hermano Carlos, por sus palabras y su amistad incondicional.

AGRADECIMIENTOS.

A Dios, compañero inseparable en el camino.

A la Universidad de Nariño, por acogerme en sus espacios, morada de todos los sueños.

A los docentes del programa de Licenciatura en Filosofía y Letras, por brindarme su sabiduría y caluroso afecto.

A los compañeros, por su bonito compartir.

A los amigos en tiempos difíciles.

Al profesor Jairo Rodríguez, por su apoyo y confianza.

A Vicente Gómez, por su amistad.

A todos los ancestros, por sus enseñanzas.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	10
CAMINOS SIN REGRESO (Acordes de Vida, Soledad, Sangre y Olvido)	16
1. LA PENUMBRA DEL SECRETO	18
2. VEO MÁS DE LO QUE SE PERDIÓ	31
3. OIGO PASOS EN PLENO CENTRO DE LA SOLEDAD	45
4. DEAMBULAR NÓMADA	59
5. BANDOLERO	74
NOTAS	78
BIBLIOGRAFÍA	79

RESUMEN

En Caminos sin Regreso, la palabra le arrebató al tiempo los instantes vividos, imaginados, soñados. En caminos llenos de azares, destinos cruzados y sentires entremezclados, una relación con otros en una armonía de cuerpos. Estos son relatos que ocurren en el campo, la calle, el vicio y la noche, que testimonian contextos cargados de amor, odio, violencia, desencanto, esperanza, con todos los sentidos y vacíos por llenar que, unidos, forman parte de una misma historia, un poco trágica y apasionante, así como es la vida. La vida es un camino sin regreso cada día, para narrarse, sentirse, vivirse o quizá, en un momento, olvidarse.

Palabras clave: Camino, educación, literatura, novela, regreso.

ABSTRACT

In *Caminos sin regreso*, words take from time moments lived, imagined, dreamed. In paths, full of hazards, cross destinations and mixed feelings, there is a relationship with others in a harmony of bodies. These are stories that occur in the countryside, the street, the vice and the night, which testify to contexts full of love, hate, violence, disillusionment, hope, with all the senses and voids to fill that, united, are part of the same history, a bit tragic and exciting, just as life is. Life is a journey without return every day, to narrate, to feel, to live or perhaps, in a moment, to forget.

Keywords: Education, literature, novel, path, return.

INTRODUCCIÓN

Sentado frente a la hoja en blanco, atravesado de un sinnúmero de sensaciones, surge la idea de narrar lo que acontece; es así como mi mundo interior y el mundo exterior está a punto de dar un paso al abismo, a lo desconocido, que es precisamente el mundo que percibimos; las voces se apoderan de nuestra mente y piden dar testimonio de nuestro paso por el mundo.

El pasado, el presente y el futuro se convierten en una sola unidad de efectos incalculables que dan la orden a las manos de escribir su primera frase y, de esa manera, seguir cayendo en el vacío, en el vértigo de la creación, al no encontrar en ocasiones nada que decir. De repente, te das cuenta que, al fijar la primera palabra, la primera frase, desencadena una multiplicidad de efectos mediante los cuales milagrosamente se transforma en un párrafo, en una cuartilla. Sin embargo, después de dar el primer paso, uno no se imagina en el problema que se acaba de meter, incluso siente la necesidad de retirarse para no quedar encerrado en un laberinto; es así como debe valerse de todos los artificios que estén al alcance para salvarse; uno de ellos, el más importante, es crear un personaje, a quien le encargamos y heredamos todo nuestro peso existencial; no solo el nuestro, sino también el de la humanidad, porque un personaje, aunque parezca ficticio, es una realidad, es alguien que, al ser creado, sale al mundo, camina, se relaciona con otros, vive, tiene su propia personalidad y elige sus propias formas de proceder, teniendo como base principal la realidad pura y tangible.

El personaje, o los personajes, son una construcción basada en personas reales, en momentos vividos, retazos de personalidades de gente que conocemos a diario. Jorge Volpi, al respecto, escribe: *“un escritor solo puede modelar a sus personajes, a partir de las imágenes de otras personas (reales o imaginarias) almacenadas en su memoria, con la ventaja que tiene la facultad de ensamblarlas a partir de diversos individuos”*¹; es decir, les atribuimos varias características, acoplándolas a la necesidad de cada personaje.

Si uno de nuestros personajes es un habitante de calle, tenemos que atribuirle características particulares que tienen que ver con la forma de hablar, los lugares que frecuenta, sus vicios, sus modales, sus amigos que, sin lugar a duda, tienen relación con la realidad, que, a su vez, es necesario comprender para lograr escribirlo y no caer en momentos de shock; es decir, poder llegar a sentir como él siente, a amar y padecer como él lo hace, todo esto acompañado con una serie de recursos que, mezclados, hagan parte de una sola historia, con el fin de enfocarlo a un punto, que gire en una dirección; desde allí parte la importancia de los diversos contextos en que se desenvuelven los diferentes personajes, los espacios, tiempos y rutas que toman para poder ser en la historia, para tomar parte del juego como cada ficha en un juego de ajedrez.

¹ VOLPI, Jorge. Leer la mente. El cerebro y el arte de la ficción. En: www.lectulandia.com, 2007, p. 73 (acceso el 21 de marzo de 2017).

Mediante esta esencia práctica, logramos conocer a los demás y conocernos a nosotros mismos; este es el papel que juega en la educación, pues nos permite comprender la realidad y, al comprenderla, a ser más humanos; en cada uno de los renglones que leemos o que escribimos se encuentran: nuestra conciencia, emociones, sentimientos, dudas; nuestra inteligencia, también nuestra maldad, el odio, la intolerancia, la venganza. Esto nos permite llegar a nuestro mundo interior, para comprenderlo y así actuar de la mejor manera en nuestro mundo tangible. Desde esta perspectiva se aborda a la literatura no solo como aprendizaje o conocimiento, sino como experiencia que deja huella, que provoca cambios no solo de carácter intelectual, sino personal, como lo afirma Jorge Larrosa: “*la lectura como algo que nos hace ser lo que somos*”². Asumir la lectura, no como pretexto de la simple reflexión y el análisis, sino como algo que provoca sentidos de carácter ético, político y estético.

De esta manera, se asume a la literatura como aquella potencia que forma y transforma, desde el punto de vista que nos proporciona un conocimiento que se conecta con la realidad; es decir, que existe una relación muy íntima en el momento de experimentar el ejercicio de la lectura y aún más el de escritura, porque nos permite estar atentos a lo que acontece en nuestro mundo interior y en nuestro alrededor; es estar atento al ver y sentir cómo transcurre la vida con su multiplicidad de contradicciones: “*Podríamos comenzar reconociendo que la vida humana no consiste en una sucesión de hechos. Si la vida humana tiene una forma aunque sea fragmentaria, aunque sea misteriosa, esa forma es la de una narración, la vida humana se parece a una novela*”³; desde esta perspectiva se asume a la escritura o, particularmente, la narración como algo que atribuye diversidad de sentidos a la experiencia de vivir y a la multiplicidad de cosas que sabemos.

Cada día es un acontecimiento, es una historia, si estamos atentos a la diversidad de sentires a los que se expone nuestro cuerpo, como una experiencia armoniosa que nos enseña y nos transforma; cada día somos edificados, cambiados, afectados por algo si estamos dispuestos a no pasar desapercibidos o, como diría Larrosa, “*vemos el mundo pasar ante nuestros ojos y nosotros permanecemos exteriores, ajenos, impasibles*”⁴. Nos dejamos llevar a veces por la simple rutina, sin prestar atención a los pequeños detalles que perfectamente podrían componer un relato; cada minuto y cada segundo pasa y cuenta en nuestra vida, produce una realidad que, mezclada con la imaginación, podría transformar y crear.

Así, la escritura se convierte en un acto capaz de trastocar la rutina, algo así, como tener un motivo por el cual levantarse cada día y vivir buscando más allá de lo pensado, en el lugar de lo impensado, o como diría Peter Handke, “*para dirigirse a sí mismo, día tras día en aquel recomenzar sin garantías*”⁵. Buscar en cada cosa, lugar o situación, una forma de interpretación, que servirá como excusa para ser plasmada en un papel. Es en ella donde se encuentra la magia que lleva a la misma inspiración, a la creación desde el movimiento

² LARROSA, Jorge. La Experiencia de la Lectura. México: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 26.

³ *Ibíd.*, p. 38.

⁴ *Ibíd.*, p. 28.

⁵ HANDKE, Peter. La Tarde de un Escritor. Madrid: Alfaguara, 1995, p. 10.

infinito del ser humano, donde se desnuda el pensamiento y muestra lo que tiene de encantador, de mágico, de tenebroso; es la fuerza de la literatura la que hace presencia y devela las cosas como son, sobre lo cual Maurice Blanchot afirma: “*mediante la fuerza concreta de la palabra, desnudan las cosas, desnudez que es como la de un rostro inmenso que se ve y no se ve, y que, al igual que un rostro, es luz, el absoluto de la luz, aterradora y arrebatadora, familiar e inasible, inmediatamente presente e infinitamente extraña, siempre venidera, siempre por descubrirse e incluso por provocar*”⁶.

La palabra que provoca sentidos y reflexiones es la que crea movimientos internos para aquel que se somete a su poder, a su fuerza por medio de la escritura, a su expresión en la obra literaria que establece una relación entre un mundo interior y otro exterior, relación de la vida con sus experiencias y emociones y con un “sentir sin tiempo”⁷, que se provoca en el instante por medio de la inspiración; se podría decir que llega de golpe, como la vida misma que ha sido creada y que es expresada por medio de nuestro cuerpo y nuestro andar, que forma una sutil expresión de nuestra personalidad; así, existe una relación entre la literatura y la vida misma, en el momento en que surgen desde un sentir desinteresado, pero asumen su responsabilidad como creación; la vida misma es una responsabilidad continua y el arte, en cuanto creador, también asume una serie de posturas frente a un contexto que lo intenta delimitar, el cual lo quiere someter a reglas que se le imponen al autor, para que no produzca una creación deliberada, como las reglas que se le imponen a la vida misma del ser humano desde el momento de su nacimiento. Esta es la importancia de las diferentes formas de expresión para edificar pensamientos nuevos, hombres nuevos, para encontrar la verdad del mundo y nuestra propia verdad, como un abandono de las viejas doctrinas y un encuentro consigo mismo, en busca de nuevas realidades, donde no solo tenga prioridad la realidad del hombre civilizado.

La novela se escapa de los límites estructurales, como, por ejemplo, los de la lógica o la teoría, para dar paso al juego del lenguaje, como lo afirma Humberto Eco: “En un ensayo teórico, normalmente uno pretende demostrar una tesis determinada o dar una respuesta a un problema concreto, *mientras que en un poema o en una novela, lo que uno pretende es representar la vida con todas sus contradicciones*”⁸; de esta forma, es la vida, la que se manifiesta en su completa dialéctica diaria, al dejar deslizar la pluma no desde la teoría, sino desde la práctica, teniendo como punto de partida a la sensación. Es la mezcla de un universo lleno de sentidos, de los cuales el autor se apodera; es evidente que no podrá soportar esa infinitud, así que debe optar por agarrar lo que más se acople a su sentir y a su pensar, de esta forma construye algo; Eco afirma: “*Es el universo que ha construido el autor lo que dicta el ritmo, el estilo e incluso la elección de las palabras*”⁹; se podría considerar que el autor crea su mundo, o un mundo para sus personajes, donde cada palabra y cada acontecimiento desentraña otro, y así sucesivamente.

⁶ BLANCHOT, Maurice. El libro que vendrá. Caracas: Monte Ávila Editores, 1959, p. 97.

⁷ Sentir sin tiempo alude a la forma del no tiempo (aion) un tiempo no cronológico; ejemplo: el sueño, la pasión. Tiempo de la pasión, a modo de gozo del instante y de un sentimiento pasajero.

⁸ ECO, Humberto. Confesiones de un joven novelista. Barcelona: Random House Mondadori, 2011, p. 6.

⁹ *Ibíd.*, p. 9.

Mediante la creación se pretende escapar a la misma razón que se hace por medio de la lógica, toda aquella inteligencia que se ha convertido en un camino lineal en medio de los pueblos y que lleva a los hombres hacia un mismo rumbo; de esta manera, en diversas obras literarias se encuentra un pensamiento que, en vez de seguir algo establecido, busca la crítica de eso mismo como forma de interpretar la realidad.

Varios autores se han encargado de interpretar de otra manera el mundo y poner en tela de juicio lo establecido, ese encadenamiento de la existencia ante algo que quizá no tiene sentido; encontramos una especie de renuncia a la vida misma para situarse más allá de la muerte, un alejamiento a la estructura que es la vida, el existir mismo como lo caótico y doloroso; el cómo, a partir del caos, se puede crear y salvarse de la muerte a través de la palabra. Entonces, Ciorán afirma: “*uno solo se vuelve lírico tras un profundo trastorno orgánico; sin una pizca de locura, el lirismo es imposible*”¹⁰, entendiendo así a la misma creación como algo que se ejercita día a día y que lo hace salir al escritor de las garras de la muerte; la escritura como salvación, como creación y manifestación de lo que se piensa en el instante quizá entre la misma imaginación y la locura, la melancolía, la soledad, la idea de suicidio en el mundo caótico; con ello se puede apreciar las manifestaciones de una interioridad y de un sentir muy subjetivo por el que atraviesa el ser humano, por aquello que lo perturba y que no lo deja ni dormir; es un apartarse del mundo que se vende, de lo aparente para situarse ante la vida, ante la sinrazón de vivir.

El reto de escritura se asemeja al reto de la vida; se dice que uno escribe para salvarse, comprendiendo la salvación como manifestación que reivindique nuestra existencia, nuestro modo de ser en el mundo desde la singularidad: es decir, el sujeto que escribe y descarga su espiritualidad necesaria en la creación o en su obra para provocar en el otro una nueva concepción del mundo, donde la vida misma es la que se manifiesta; dicha manifestación se hace a través de la escritura como herramienta fundamental para enviar el mensaje a la humanidad y mover, a modo de temblor, sus entrañas menos socavadas.

Rimbaud escribe: “*la mano en la pluma equivale a la mano en el arado*”¹¹; así, podremos comprender que el ejercicio de pensamiento se hace con una mezcla más terrenal, donde ya no se busca un beneficio solo de lo humano, sino más bien una toma de conciencia ante las diversas formas de existencia, naturales, culturales y políticas. Para ello, es necesario comprender a los diversos autores no solo desde un campo filosófico, sino más desde un punto de vista literario y personal, pues sus manifestaciones tienen que ver más con su sentir mismo ante el caos de la especie humana e incluso ante una decadencia de sus propios valores.

Asumir la escritura es causar un movimiento a nivel espiritual, donde comienza la creación desmedida y que, a la vez, nos llevará por nuevos caminos, nuevas formas de replantear la realidad, también de edificar nuestra manera de ser y reactivar el cuerpo con nuevas formas

¹⁰ CIORAN, Emil. En las cimas de la desesperación. Barcelona: Tusquets Editores, 1991, p. 5.

¹¹ RIMBAUD, Arthur. Una temporada en el infierno. En: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/133650.pdf>, 1873, p. 2 (Revisado el 20 de marzo de 2017).

del sentir mismo, de reflexión y de alternativa para situarse en un presente en constante aprendizaje, como una liberación ante la vida misma, o una manera de mostrarse de otro modo, ahora en forma de escritura, de arte, más allá de la muerte misma; nos afirma el filósofo Deleuze: “*volverse imperceptible es la Vida, «sin cesar ni condición», alcanzar el chapoteo cósmico y espiritual*”¹². Dicho movimiento es causado a partir del acontecimiento, que se convierte en palabra, donde se rompen los esquemas de lo cotidiano; es decir, donde el acontecimiento, que es experiencia misma, se hace palpable en el presente y, a la vez, pasado, que se eterniza dentro de lo escrito en busca de una trascendencia infinita y una marca o huella que se hace en forma de literatura, que marca el paso de los hombres por la historia y por sus historias mismas, que parten del encuentro con el otro, en un presente donde se hace y un pasado eterno por recordar. Es el encuentro entre la razón y la imaginación, como punto neutro del sentir mismo y del delirio que nos lleva hasta la ficción, como forma de representación de la realidad desde otras perspectivas y otros sentidos, que capta cada vez el mundo exterior y hace de este una realidad que desmantela lo que no se ve, muestra en escena lo que solo ha sido percibido por el autor; en palabras de Gilles Deleuze, “*desde lo que ha visto y oído, el escritor regresa con los ojos llorosos y los tímpanos perforados*”¹³. Se trata de aprovechar las diferentes maneras en que transcurre la vida, como forma de delirio en la escritura, para encontrar un afuera en ella misma como arte y representación de lo que ahora se ve, a causa de un movimiento que se ha manifestado en nuestro interior y que ha comenzado desde afuera.

La creación es una forma de participación en medio de la sociedad; mediante ella, podemos expresar nuestras diversas formas de pensar y de sentir, que nos causa la sociedad misma, ya sea de satisfacción o reproche ante lo que acontece y que, de una u otra forma, nos afecta; es así como mediante ella se puede realizar una enseñanza por medio de la huella y la intriga que deja el autor a sus posibles lectores; es decir, todas las posibles dudas, contradicciones, críticas, sentires que suscitan un texto. Se podría considerar que el autor, de forma desmedida, ofrece un conocimiento que ha construido mediante imágenes y saberes percibidos, pero no cualquier imagen; son solo imágenes fecundas las que logran adentrarse en el público y, a su vez, mover con confianza sus diferentes mundos y quedarse en ellos como una semilla que está dispuesta a germinar. Lo anterior se asemeja a una relación directa docente estudiante, donde precisamente el docente pone todo su empeño para narrar su conocimiento, dejar huella e influenciar al estudiante; a su vez, emplea todas las herramientas que estén al alcance para poder llevar a cabo una buena enseñanza y, también, situarse en constante aprendizaje desde lo que se piensa, lo que se dice y lo que piensan los demás; así se establece una relación donde son las dos partes las que se sitúan en constante aprendizaje; es decir, al narrar le damos paso al conocimiento o quizá es el comienzo del conocimiento, porque necesitamos conocer y también escuchar, estar atentos a lo que acontece en diferentes contextos, estar prestos al aprendizaje desde un sentir propio, que poco a poco se retroalimenta con el sentir y el pensar de los otros. Es así como se crea una armonía en una infinitud de saberes que, luego, dan paso a la creación en un profundo devenir desde la alegría y la tristeza, felicidad y sufrimiento a la vez, como forma de

¹² DELEUZE, Gilles. *Crítica y clínica*. Barcelona: Anagrama, 1996, p. 43.

¹³ *Ibíd.*, p. 9.

curación ante los avatares humanos, así como la construcción de mundos posibles; es la unificación de la naturaleza misma expresada en sonidos, ritmos, colores, versos, tejido de palabras, danza, etc. Es la construcción de sentidos por medio del toque de las fibras más íntimas, es potencia y pura voluntad creadora, que es desinteresada y, a la vez, otorgada al ser humano para soportar el peso de la existencia y encontrar una armonía en la misma, por ello es manifestación del cuerpo, de los sentidos, del pensamiento, de los seres, de la naturaleza, de todo.

CAMINOS SIN REGRESO

***(Acordes de Vida, Soledad,
Sangre y Olvido)***



William Calvache

*“No hay que inventarle
nada a la vida, nada es tan
fantástico como la
realidad”*

-ANTONIO GARCÍA-

-LA PENUMBRA DEL SECRETO-

I

Voy a decir que hace unos días me dedico a esa demencia un poco personal, autónoma y más humana; que lo que realmente importa, señor Juez, no es estar temblando de frío, sino llevar siempre en la mente a una mujer; bien sea para que a uno lo anime o destruya, y que entender el pensamiento de los otros es algo que no tiene sentido; pero bien, eso lo explicaré más adelante, si es que queda tiempo; por ahora me urge salir de esta celda, de este laberinto. No puedo ver la luz, hace mucho frío aquí adentro. Les aseguro, honorables señores, que si escuchan con atención mis relatos podrán sacar una conclusión de lo sucedido; solo quiero salir de esta prisión y darles a entender que no soy tan mala persona como se cree. En realidad, yo no la maté. Simplemente estaba a su lado, mientras ella creaba todo en acontecimientos. Su misma muerte fue un acontecimiento que no pudimos prever.

Ya llevo 5 años en prisión. De hecho, tengo muchos amigos y relatos que me ayudarían a sustentar mi inocencia; desde el más grande de los amores hasta el más cruel de los odios y en todo su esplendor la naturaleza humana; pero no, no señor agente, no me lleve a la celda. No estoy loco, señor juez, ya me he recuperado, soy un hombre más social; de ahora en adelante le apostaré a la raza humana, he escuchado muchas voces y he visto muchas realidades que me han hecho cambiar de perspectiva.

Les aseguro que ya no soy aquél muchacho que capturaron en la séptima con 10; incluso esa forma de hablar ahora me da risa; recuerdo bien cuando el camión de Bavaria se fue encima de la moto y yo estaba con mis ojos nublados de locura y aparecí de pronto en la estación. Miraba cómo se acercaba usted y me entrevistaba, mientras yo contestaba: sí, mi agente, yo me patié el impacto. Estaba en el esquinazo tomándome mis nieves; de pronto llegó el elefantosqui, songo sorongo; el man iba en su nave, suavena, suavena, taaa, tres golpes en la cariñosa y a la lona el mico; de pronto, llegó la dama gris con tres verdes a la espalda; pensé huir; no alcancé, porque estaba llevado.

Ahora recuerdo cómo estaba en esos días; no puedo decir ni bien ni mal, porque han sido momentos vividos; tampoco me arrepiento, solo sé que quiero salvarme. No quiero morir como murió Abril, solo quiero poner ante la ley lo sucedido, quiero que se ponga en juego el poder de la palabra, quiero que escuchen con atención todo lo que he vivido en estos años, sé muy bien que no tengo ni un peso para pagar un abogado, yo mismo quiero defenderme, quiero enfrentarme ante el tribunal, no importa las sesiones que sean necesarias. Han tratado de hundirme, pero, se los juro, yo no la maté; además, no quiero pasar de una cárcel al manicomio; como dice el dicho: es hora de matar dos pájaros de un tiro.

II

No, no he perdido la memoria. Reconstruiré todo paso a paso. Aquella noche el cielo estaba despejado. La noche olía a perfume de mujer, a humo de cigarrillo. Se aglomeraba el ruido de motos por la avenida Colombia y gente que pasaba con sus quenás para cantarle al viento, a las nubes, a las flores, a los niños, llenos de sueños e ilusiones. Esa misma noche

morí de las ganas. Quería decirle lo mucho que me gustaban sus ojos, pero preferí contemplar su mirada. Tal vez no solo perdí la oportunidad de arrancar las palabras al viento, sentí la sensación de haber perdido un sinnúmero de efectos, producto de la interacción de dos seres que hablan y se dejan atrapar por el amor. Una vez más, me sentí un perdedor; una vez más, había caído en la rutina de los días, había perdido las ganas de soñar, de escribir poemas imbéciles y regalar flores amarillas.

Abril cruzó la calle. Se llevó con su pelo el olor de lo que quise fuera el amor. Se alejó en medio de la multitud. Sus caderas se perdieron con el vaivén titilante de las luces. ¡Putita tristeza! Me dirigí a la tienda de la esquina, pedí un cigarrillo Piel Roja y, ¡boom!, “Tu amor es un periódico de ayer”¹ sonó en aquel Renault 9 que paró a dejar unos tacones color rojo con olor a gasolina. Pensé en ella, mientras se esfumaba la vida como se esfuma el humo del cigarrillo; en sus ojos grandes, sus labios color rosa, que me dijeran: ¡Hey, loco! Quiero que esta noche me bajes las estrellas de un golpe con un beso, que nos metamos sin permiso en una cancha de micro, nos tiremos al piso, lancemos con nuestros cuerpos poemas a la luna, sintamos el ritmo del rock y el aire espeso de la noche. Sabía que no ocurriría eso; para mí, Abril se había convertido en una mujer inalcanzable, dibujaba con su caminar un cielo en el que nunca podría volar. Recuerdo el momento en que decidí hablarle por primera vez; para mí fue la decisión más importante. Ella me regaló una sonrisa, una de esas que te invitan a perder la razón. ¡Señor juez!, ¿será acaso por eso, que estoy en prisión? O, quizá, ¿esa sonrisa se llevaría a cambio los amaneceres con los días azules para tornarlos de completa oscuridad, así como también el entretejido de las palabras tornadas en papel?

III

Se puede dar cuenta, señor, que recuerdo bien las cosas, pero no recuerdo bien mi nombre y el estar aquí o allá me tiene sin cuidado. Me contaron, en la celda 23, que usted es una persona letrada y que no se conforma con cualquier discurso. Solo sé que aquí me llaman Desquite y que todos son mis amigos y están dispuestos a ayudarme con sus palabras, su sabiduría; sé muy bien que en aquel tiempo era apenas un chiquillo y cumplía con mis obligaciones de estudiante y vagabundo. Después de aquella noche, había decidido viajar a otra ciudad; llegué al Hotel “El placer”; la mujer que me atendió estaba un poco loca, tenía un gato grande; no podía encontrar la armonía entre mi pensamiento y mi cuerpo, Abril dominaba mis impulsos; aquel gato salió corriendo por el pasillo como si hubiera visto un espanto; la dueña del hotel dijo que debía pedirle permiso para fumar, cosa que no había ocurrido jamás; el mundo es una completa inestabilidad; no sé por qué, ella buscaba lo estable, golpeaba la puerta y me decía que me porte juicioso, sabiendo que solo con los ojos de mi amada podría comportarme de esa manera, podría entregar mi libertad y escoger el camino de lo incierto. No podía caminar con total libertad en aquel hotel, siempre estaba ese gato melancólico, un poco Paint It Black, un poco The Wild Horses. Abril era como los gatos, me abrazaba, me dejaba lleno de polvos la camisa, me daba un beso y se alejaba, salía corriendo; en otras ocasiones, me dejaba arañado el corazón y se retiraba, como aquel gato blanco y negro lleno de absolutas contradicciones.

Como era estudiante, debía despertarme temprano, 6:18 am; en aquellos días, no estaba para comprender nada. Todas las ponencias de Filosofía me parecían una completa Mierda, pura interpretación conceptual que no sirve para nada, que solo sirve como fracaso en todos los intentos de cambiar, de crear. Quería mantenerme en constante movimiento, agarré un bus y recorrí la ciudad, decidí caminar y explorar la vida, ver cómo transcurren los desencuentros con personas desconocidas a quienes les compras una cerveza, les pides una dirección, o su número telefónico. No me hacía a la idea de estar en un Congreso de Filosofía con personas que creen saber mucho, pero, en realidad, no saben nada de la vida. Estaba enfermo, desahuciado; no quería hacer nada, en las graderías de un parque contemplaba los pasos lentos de un perro, los muchachos juegan y juegan y rueda la pelota como rueda la vida, qué difícil era quedar campeón, habría que aprender a jugar y apostar, pero para eso es importante saber perder y crear una moral de impulso.

¿Se da cuenta cómo andaba por esos días, señor? Pues bien, no andaba tan perdido, porque regresé al hotel, la dueña se asomó por la pequeña puerta azul, la miré a los ojos, ¡Buenas noches! No me contestó. Prendí un cigarro, me interné en la pieza, saqué un libro de Bukowski y me puse a leer; de repente, me di cuenta que no estaba solo, había un amigo, un pequeño moscardón; intenté ayudarlo, estaba patas arriba como está el país; le dije: ¡Hey!, Amigo, sube a mi mano; contempla y siente el vértigo de las alturas, no temas. Somos hermanos. Somos el uno para el otro, solos en esta habitación, cantemos juntos de cigarro en cigarro, cenizas y humos en mi corazón. Lo solté, caminé al ritmo de la música, avanzando siempre con la mirada fija adelante, sin preguntarse tan siquiera cuál sería su destino. Habría podido acabar con su vida, pero no. Él también necesitaba encontrarse con otras miradas y sonrisas, él era mi hermano, hacíamos parte de este mundo, en igualdad de condiciones, y no estábamos para maldecir nuestra existencia, sino para ayudarnos mutuamente en este universo inmenso; así que lo tomé nuevamente en mi mano, lo llevé hasta la planta más verde y allí fue nuevamente libre. Me despedí, hasta la próxima. Nos encontraremos cuando el azar lo disponga; con esto solo quiero decirles que también soy más humano y que ese mundo de desencuentros y contradicciones me ayudó a no pensar tanto en Abril por esos días.

Podría asegurar que aquella mujer también quería ayudarme y me di cuenta de que no estaba tan loca. Creo que tanta interrupción se debía a que yo le gustaba demasiado; me cobró la renta y me dijo: esta noche debes portarte bien, no fumar, no tomar, no leer, de lo contrario vendré a reprimerte. Era obvio que esa noche debía portarme supremamente mal, mal, mal; no podemos negar que una aventura le hace olvidar a uno los entronques de la vida; en ese mismo instante prendí otro cigarrillo y le eché el humo en la cara; le dije, voy a bañarme, nos vemos más tarde.

El amor podría estar en cualquier lugar desde que uno esté dispuesto a caminar; después de acicalarme, salí a comprar un trago sin que ella se diera cuenta; volví a las tres horas borracho, no sé por qué todo funciona tan bien cuando uno se porta mal con ellas; me abrió la puerta, le di un beso, dos besos, tres besos, se desabotonó la camisa, le chupé las tetas, me dirigí a la pieza, me arropó entre sus piernas. El gato melancólico observaba aquel concierto, supongo que pensaba en su gata que estaba muy lejos, mientras que yo no

pensaba en la mía; esos momentos son de sentir, no de pensar; le dimos mitad de la noche a la orquesta, la otra mitad a charlar. Ella tenía un hijo muy lejos; su marido, un profesional del ejército, le había comprado aquel hotel para que recibiera a los clientes en sus piernas; él no tenía tiempo para visitarla, solo se concentraba en llenar de plomo al pueblo en vez de llenarla a ella de amor y como mi mayor arma era la palabra podría ganarle muchas batallas a cualquier teniente del ejército. ¡En fin! A mí no me interesaban esas cosas, ¿competir? Solo vivía del momento y eso era lo que le gustaba a ella; sentí como su corazón era un río sediento y moribundo por la avaricia y el excesivo consumo de amor; las cuatro noches de estadia en el hotel le dimos como a violín prestado; al final, creo que nos comprendimos un poco, hablamos de tantas cosas que se nos olvidó preguntarnos los nombres; la mañana del viaje, salí sin avisar, se quedó dormida cual golondrina sin lluvia.

IV

De regreso a la ciudad, volví a caer en la rutina; sin embargo, había algo que descentraba los días. No la había mirado desde el anterior domingo, fue en una heladería, tomamos ron con pasas; sentí que con ella mi discurso estaba completamente sin armas; de hecho, solo estaba su sonrisa, que me llevaba hasta la locura. Sí, fue aquella noche en que la luna me sorprendió con su hermosura, que hacía juego con la mirada esquiva de la musa. Aquella noche todas las pasiones de mi cuerpo se detuvieron, encontraron su armonía simplemente para contemplarla. La semana siguiente nos encontramos de improviso, como suelen pasar las mejores cosas; se acercó, sentí el frío que corría por mis venas, la potencia de lo imposible en forma de mujer, el desplegar de las palabras, la afirmación, inspiración hecha carne; la agarré de la cintura y le dije: tú eres la mujer que me lleva a la locura, a la máxima expresión de la creación; por ti he recorrido las calles de norte a sur, anduve a 70 por hora desafiando los trancones, los semáforos en rojo, renegando de las administraciones que tienen esta ciudad vuelta mierda, con las calles tapadas por todo lado, me daba la impresión de estar en un laberinto, laberinto la democracia, la policía, el trabajo, las mujeres; por ti anduve robándole palabras al viento, a la nada, al vacío, vacío de estar sin ti; de repente, detuvo mis palabras con un beso y me dijo: ¡Estás loco!

Ella sabía muy bien que su mirada tenía un puñal que me mandaría al otro lado de la vía, yo intentaba desestabilizar sus palabras, sus movimientos; supe, de repente, que era mía por esos segundos en que duró el contacto de sus labios. En realidad, era un poco loca, hablaba y hablaba de muchas cosas, no sé cómo lograba mezclar todas las cosas al tiempo, hablaba del restaurante donde trabajaba, de sus proyectos de vida, de cómo se levantaba, se peinaba y se pintaba, me abrazaba y me besaba a la vez, me pedía que le colabore con algunas ideas para montar su empresa, mientras yo solo miraba por la ventana la gente que pasaba con tanto afán para llegar a algún destino; yo no pensaba en empresas, pensaba en otras vainas, en cómo la gente corre con tanto afán para hacerle plata al patrón; no podía negarlo, ella vivía de realidad, yo de fantasía, o ella moría de realidad, yo de fantasía, al fin de cuentas moríamos los dos, moríamos de sed al no alinear nuestras miradas que se perdían en medio de la noche, de la rutina, del silencio de estar sin ella, sin sus besos, sin sus caricias, sin pasar los dedos por sus pliegues más íntimos, sin recorrer su pelo con mis palabras. Tan solo morimos por 30 minutos, por una hora, por un minuto y retomamos los caminos solos,

sin ilusiones, sin esperanzas; volvemos a vivir en medio del tráfico, mientras ella coge un taxi y se aleja. El beso de despedida como el café de la mañana que no puede faltar, que me enloquece, que existe como existen las palabras, los versos, cuando me convierto en un constructor de letras, cuando logro escribir, tocar cada letra del abecedario y otra al ritmo de la música, cuando la atrapo en mis pensamientos, cuando recuerdo que no está, cuando me construyo y le construyo, cuando la llamo y me dice: loco, espero que te vaya bien durante el resto del día, y agarro la bicicleta y recorro la ciudad mirando a la gente que corre para sus oficinas y ella se arregla frente al tocador y aprecio su cintura y su escote, aprecio la locura de mi imaginación, ¡Te imagino, te sueño, te extraño! Nos morimos los dos y ella no está.

En realidad, no soy un perdedor, he aprendido desde niño a luchar contra la corriente. Ya estás contenta esperando mi llegada y si te vas no hay lío, he superado los trastoques del amor, he superado los sufrimientos encima de una bicicleta, puedo llegar a ser campeón en tus brazos perfectamente, recuerdo cuando mi padre me narraba de niño la vuelta a España en bicicleta del 87, pocos lo recordarán en un país falto de memoria, falto de memoria de las cosas buenas, de aquellas que tienen valor y sufrimiento de por medio; casi siempre lo que vale la pena no se valora, se lo echa a la basura; así es todo, también en el amor.

V

Así son las cosas, señor juez, que no tienen orden ni nomenclatura como usted lo pretende. Puedo decir que sí, que después de 28 años de eso había experimentado el grado más alto de locura, había fracasado en el intento de construirme a mí mismo, con todo el bagaje conceptual con que me habían construido. Quería hacer pedazos la civilización. No mirar sus ojos, sus caderas y mandar todo a la mierda. Echar fuego a todo y tirar las cenizas en el mar. Estaba loco al querer tenerla de nuevo; no recordaba que había muerto de sobredosis de alcohol, de gasolina, de velocidad, de nicotina, de cannabis, porque no había querido acompañarla en ese viaje, como cuando nos tirábamos en el parque a soñar o andar en bici hasta el fin del mundo; ahora no existía ni pasado ni futuro, solo un presente haciéndose, solo una lucha constante en el trasegar de la vida; sin embargo, tenía que enfrentar cada día, cada amanecer sin sus ojos, estaba noqueado en la mitad del patio mientras escuchaba la cuenta regresiva en medio de mis sueños.

Para ello había recordado aquel julio del 87, cuando un ser humano se levantaba con el rostro ensangrentado; debía montarme en la máquina y hacer girar las bielas de la vida en armonía con las del universo; en esta historia todo es androide, todo es máquina, máquina de poder, de privatización del aire, de los sueños, de la forma de pensar, obediencia destructiva; es que no hay nada aparte, todos somos del motón, todos tenemos que pagar para comer en esta selva de cemento.

Abril era diferente, llevaba tres años trabajando en el restaurante de la Avenida Blanchot y nunca había aceptado las propuestas del patrón, era pura como el agua; recuerdo el día en que la conocí, moviendo sus caderas en aquel restaurante, me miró a los ojos y sentí una tranquilidad inmensa. Aquel señor, don Rogelio Pataquiva, manejaba una línea de restaurantes en toda la ciudad, contaba que no había mujer que se le resistiera; en realidad,

sabía que la gran mayoría de cosas se las compra con el dinero; se le olvidaba algo muy importante, la vida misma. En realidad, había sufrido mucho para adquirir sus bienes, había pasado varias temporadas en el infierno; de hecho, tenía que lidiar con 50 genios diferentes: unos cuerdos, otros locos y otros más locos que los locos; sin embargo, se había preocupado por elegir un buen perfil, pero no lo había logrado totalmente, todos y cada uno trabajaban de diferentes maneras, con diferentes mañas, se reían de diversas formas y cada cual comprendía su locura, ¡vaaaa! Pero qué importa eso; de hecho, todos viven del otro y para el otro, rindiéndole tributo a lo que se vende.

Abril no se vendía por nada del mundo, no tenía precio, uno tenía que pagar el precio de enamorarse para luego llevarla donde las golondrinas fabrican sus nidos, con el coraje de amarla sin miedo a quedar solo, con la soledad infinita de los días, siendo como el universo, mezclándose en movimiento con los demás seres; sin embargo, el trabajo exige la total cordura. Abril contaba que cuando trabajaba se olvidaba de su locura, de su incontrolable forma de pensar y de ver el mundo. Don Rogelio manejaba la cordura completamente para que su negocio no se fuera a pique, sabía cómo manejar la mente de sus empleados, todos estaban condicionados, llegaban a la hora exacta en el punto exacto, ¡trabajar y trabajar! Ese era el lema cada semana.

Abril salía de la rutina cuando se encontraba conmigo, bailaba sobre el pavimento con los pies descalzos alrededor de las botellas de whisky. Desde el primer momento que la miré en el restaurante sabíamos que el universo trazaba una línea entre nosotros, desde ese momento supe que tenía que acompañarla hasta la muerte; cuando cerró sus ojos en un hospital, sabía muy bien que allí estaría yo; desde ese día tomé y fumé tres años de seguido sin pensar ni en el futuro ni en el pasado, fluyendo como el agua, hasta el día en que me miré con los calzones rotos y los bolsillos vacíos, no de dinero, sino de sueños; desde mi sinrazón nacía la pregunta: ¿cómo una mujer podría llevarlo a uno a la destrucción? Con mis ojos nublados de locura aparecí de pronto en la estación.

VI

Ahora estoy atrapado en ese dilema de encontrar mi mayor cordura, necesito demostrarles que hablo desde lo objetivo; aquí en la cárcel se la pasa bien, todos y cada uno me han contado miles de historias, hasta podría asegurarles que la gran mayoría somos inocentes, incluso han llegado a conocerme hasta la médula; hoy, por cuestiones de azar, he traído ante el tribunal a Juan, el jefe de patio, quien se atreverá describirme. Coméntales quién es Desquite: A Desquite le gusta jugar con las fichas verdes del parque, le encanta quedarse con una sola ficha y, al final, ganarnos la partida, les aseguro que no lo hace por ganar sino por pura diversión, cosas que ya no se ven hoy en día, donde todo mundo compite y le gusta ir por encima del otro; ahora las cosas ya no se hacen por diversión sino por compromiso; mientras que aquí, en la cárcel, todo se hace por ganarle un par de días a la rutina, mientras comprendemos que solo somos unos seres tirados en el vértigo del tiempo, en medio de horas que pasan y pasan nada más, mientras nos construimos a nosotros mismos, páginas y páginas que son la vida, páginas en blanco que son los días sin vivirlos como se debe.

En realidad, Desquite es un poco rebelde, necio, caduco; su inspiración no sirve en este mundo lleno de máquinas, de maquillaje, no le gustan las armas porque si están en su poder es capaz de matar a todos. Cuando llegó a la cárcel no se sorprendía por nada, le causaban tedio las gotas de lluvia con las que hay que avivar la existencia; de hecho, necesitaba un poco de final ante la especie humana que no promete nada, solo el desprecio de sus egos, de la gente que piensa que con su corbata es educada, de un rango social más áspero; pero no, la palabra áspero es mucho para esos gordos que no son capaces de hacer ni pizca de ejercicio y son tan atrevidos como para coger taxi y conquistar a una jovencita que aspira estudiar y tener una vida like; ja ja ja, me cago de la risa decía Desquite ante esas señoritas que se las pican de intelectuales al ponerse un sombrero o un par de gafas regaladas por ese tipo de intelectuales, los de academia, y decía: nosotros no aspiramos a nada porque venimos de la nada, solo vivimos el día a día y el pasar azul entre el día a la noche o viceversa. Nosotros le llamamos Desquite porque había encontrado esa forma de vengarse, no con las armas sino con las palabras.

Así es, desde el momento en que llegó comenzaba a vomitar; vomitaba con sangre su misma existencia, se arrepentía de haberse dedicado a ese trabajo del pensamiento, trabajo que no da frutos ante una humanidad con un 6% de cerebro; en esos momentos solo quería ser un Quetzal para disfrutar del frío, del sol, de la lluvia, de la noche, del amanecer, era la única forma de renunciar a la palabra que tanto daño le había hecho a la naturaleza, no al humano, pues él debe tomar de su medicina y morir bajo sus propios inventos; de pronto eso era lo que buscaba Desquite, morir bajo su propia creación o curarse tal vez, vomitar las palabras que salen del alma, aunque el concepto de alma a veces da risa; eso, ser un animalito sin palabra, sin conocimiento, sin certeza de lo que podría ocurrir, sin certeza de la muerte, sin futuro, sin destino, para así poder vivir incluso sin dormir y poder disfrutar de la hora de los lobos, de la fatiga, del delirio, donde las pesadillas y los sueños son más intensos, donde se vive a partir de otra realidad.

VII

Yo lo salvé de las garras de la muerte; cuando llegó era un pobre perro callejero pateado por la vida. Recuerdo que se sentó en el centro de la cancha de micro, estábamos a punto de jugarnos un chico, yo lo aplacé por él, no había visto nunca a alguien que me inspirara tanta confianza; le dije ¡Hey tú! ¿Juegas con nosotros? No contestó nada, estaba desconcertado, sentado en solitario mirando cómo se movía la pelota, absorto del espacio vacío al que Abril lo había empujado, o quizá no, él por su propia voluntad, se encontraba seguro de que no le importaba la muerte; yo le envié con uno de mis compinches para que le mostrara un cuchillo, no le hizo caso a nada, no le importaba lo que hicieran con él, su mirada estaba lejos como si no hubiera llegado a este encierro; lo pensamos golpear, así que le mandé a los tres más grandes del patio, Roberth, Triple X y el Chasky, no los determinó para nada, le propinaron una bofetada y al suelo, se incorporó, allí les dije que paren, que necesitaba hablar con él; me paré al frente y me preguntó: ¿Quién eres tú para salvarme? Ya estoy destruido, no le tengo miedo a la muerte; la muerte mental es más grande que la muerte física.

Al oír sus palabras me di cuenta que lo necesitábamos como estrategia para hacer que la sabiduría reine en el patio, necesitábamos llenarnos de ese coraje para afrontar la vida y los días, necesitábamos dejar el miedo a la muerte para quizá disfrutar de los días de estadía en este lugar. Con el paso del tiempo fui conociéndolo más a fondo: antes de llegar a la cárcel pasó por el hospital, ya no tenía ni un quinto de valor en sus piernas, él mismo me contaba que estaba vomitando sangre, al fin de cuentas le gustaba vivir al lado del peligro y no había nadie quien lo salvara, así que cinco días en el hospital, cuatro en el manicomio escribiendo 1530 palabras casi sin pensar, solo dejando correr el lápiz como corre la existencia y dejándose llevar por los acontecimientos al lado del peligro.

Ya sin Abril no habría futuro, no habría de qué pensar, pero era mejor así, vivir casi sin sentido aunque encontrándole uno propio, ¡Pobre Desquite! De ahora en adelante le tocaba enfrentarse a lo que viniera, puesto que su vida no dependía tan siquiera de él mismo. Sin rumbo fijo, como el aire que se respira, quizá todo era mejor así; cuenta que cuando llegó lo entregaron estable, signos vitales al cien a pesar de que había vivido tres años en la calle, cuentos que él me contaba y que quizá les seguirá contando para salvarse; solo me encargaré del final o del comienzo de todo esto, de aquél hombre que miran pararse frente al tribunal con un dolor agudo al corazón, pero al que queremos todos sus amigos ver en libertad; quizá pasen muchos días, yo solo contribuiré con lo necesario, pero, era obvio, estaba vomitando sangre y no tenía ánimos de correr según lo que él recuerda, mucho menos de pensar como dice el viejo Marx, pues para eso hay que estar bien alimentado o, mejor dicho, no tener hambre; claro, donde quedaba la producción y el trabajo, Desquite ya no producía ni siquiera pensamientos y esto puede ser la parte más difícil, así pasó de la patrulla a la ambulancia, donde se encontró con un poco de gente de la que no puedo recordar sus nombres, solo sé que le dieron la mano los que él menos imaginó.

Allá en el hospital, ya casi moribundo, solo recuerda a una chica que corría y corría para traerle un poco de suero y regalarle una sonrisa; no de esas que te llevan a la locura porque ya estaba loco; no había necesidad, allá solo le curaban el cuerpo, pero la mente sí que era complicado, aunque a veces pienso que sería mejor dejar que la especie se vaya muriendo, así sin anestesia, no le encuentro sentido a los hospitales, son un sufrimiento absurdo que sirve de antesala a la muerte; se debería mejor dejar vivir al planeta más tranquilo y sin pensamientos absurdos, como los que acabo de decir.

Todo ha cambiado desde que llegó Desquite, durante quince días nos enseñó el valor del silencio, no habló, era verdad lo de su muerte mental, miraba fijo hacia un solo punto, realmente estaba loco, pero nos preguntábamos ¿cómo saber vivir sin hablar, sin reír, sin llorar? ¿Quién podría vivir así, acaso los gavilanes, las plantas? Para nosotros era imposible, pues en la cárcel habíamos aprendido lo que es pan, lo que es abrigo, lo que es tener un amigo; también que, por encima de cualquier locura, la locura máxima es estar vivo, pertenecer a esta sinrazón y ponerle los matices de colores que prefieras; es locura porque la vida alcanza para todo.

VIII

Aquí en la cárcel nadie detiene el hablar, todo mundo quiere ser de vital importancia para poder estabilizar su existencia y no morir de hambre; Desquite no hablaba durante los primeros días, tampoco le interesaba comer, en realidad quería morir. Nos dimos cuenta que, por muy matones o por muy ladrones que seamos, siempre tenemos en nuestro corazón un lado puro y amable, también que por nada del mundo podíamos dejar morir a este hombre; por el contrario, nos dimos cuenta que a los guardias les importaba un culo la suerte de Desquite, ellos lo trajeron y lo zumbaron al patio; nada más les importa ganar su sueldo y tener bien a sus familias; sé, señor juez, que con estas declaraciones quizá me tendrán más años en prisión, lo que en realidad no me importa.

Poco a poco, con nuestras locuras fuimos robándole sonrisas a los días y al mismo Desquite, jugábamos parkes, ajedrez, dominó, micro, básquet, y cuanta cosa se nos ocurría día a día; el Chasky era el que comandaba todas estas locuras y las miles de tertulias, cuánto lo extrañamos, hace seis meses que se fue; recuerdo como cada mañana se levantaba, sacaba la franela y comenzaba a limpiar su revólver calibre 38, se lo ponía en la boca y decía aún no es tiempo para morir, en ocasiones le sacaba todas las balas y accionaba el gatillo solo para hacernos pasar un mal rato, sí, él había sido el único prisionero que lograba tener camuflado un revolver aquí. Cuanto tenemos que agradecer a este compañero y a muchos otros para llegar a este punto, el Chasky, el más creativo, el de las sonrisas y los chistes simples, el que comenzó a llenar de ánimo a Desquite, sobre todo cuando hablaba de aquellas zánganas que tanto lo habían hecho sufrir de por vida; lo llamábamos el Chasky porque era el encomendero, el que se encargaba de surtarnos de dinero y de comida que traían nuestras familias, él era el único que podía hacer esas vueltas.

Fue quizá el único que logró compaginar con Desquite en los primeros días, supongo porque los dos eran Indios y había algo familiar en su manera de pensar o en eso que le podemos llamar cosmovisión, los dos habían salido del campo a la ciudad y fue aquí, en esta gran metrópolis, donde no pudieron estabilizar sus comportamientos con la civilización y cayeron quizá en las drogas y el delito; es difícil enfrentar la ciudad con un pensamiento ingenuo, acá nada se regala, todo se vende; recuerdo que el Chasky le hablaba de sus historias a Desquite, los dos sentados en el sardinel del patio principal; Desquite no le contestaba nada, solo escuchaba con atención, es la misma historia que me contaba a mí, siempre se acordaba de sus tres hijos, dos con Laura, la primera mujer, y uno en Beatriz, la segunda, con quienes siempre había tenido problemas por alcohólico y canábico. Pero cómo no caer en ese infierno si se había quedado sin padre y sin madre a los tres años; el Chasky había vivido una niñez infernal, trabajando desde los seis años para poder subsistir, en un taller del barrio Las Amapolas, pasó toda su niñez ayudando a bajar troques de volquetas, camiones y buses, también unas cuantas hojas de resorte. Por eso es que Desquite decidió hablar, porque le conmovieron nuestras historias que él mismo va a contar en las próximas sesiones, su misma historia también es conmovedora, la que no me atrevo a contar, solo les puedo decir que Desquite es un tipo buena onda.

En realidad todo el mundo aquí en la cárcel aprende a defenderse de los ataques de la vida; por su parte Desquite no se defendía con armas, su mayor arma era la palabra, con ella podría desarmar a cualquier delincuente. Así transcurrió la vida del Chasky estudiando tan solo hasta quinto de primaria con dificultad; sin embargo, se puede asegurar que es un hombre combatiente ante la vida y, como todo combatiente, no podía salvarse de las garras del amor, así que se enamoró de Laura, una jovencita que pasaba todos los días por el otro costado al frente del taller y quien lo cautivó con su mirada; él, todo grasiento y mal humorado al tratar de aflojar los tronillos de un Dodge 78, le había lanzado el primer piropo; ella, por su parte sin más ni más, no le había hecho ni caso, pero, claro, como que era hija de un profesor, la niña consentida de la casa, la que utilizaba una rosa roja en su cabello cuando salía a pasear los domingos.

Le cuento esto, señor juez, porque son las palabras que le ayudaron a Desquite a salir de su silencio, considerando que habría sido mejor tener aquí al mismo Chasky para que cuente todo; en fin, tantos piropos y tantas miradas hasta que decidió una noche sacar una bicicleta prestada del taller e ir hasta la casa de Laura, le escribió una nota y la metió por debajo de la puerta; algo que decía: la mejor parte de todos mis días la cubriré con tu presencia. Le había dejado al pie de la página una nota –Miércoles 31 de Agosto 8:00 pm Parque la Libertad-. Aquel día se sentía el hombre más motivado del mundo, se alzó temprano del trabajo, se dio un baño y se colocó el mejor ropaje, salió puntual, esperó unos cuantos minutos hasta que miró aquella silueta en medio de la noche, su cuerpo se le estremeció y su corazón latía a 120 por minuto, mal síntoma decía entre sus pensamientos, pero, bueno, es hora de afrontar lo que venga.

Ella, presintiendo de quien se trataba la nota, se acercó pausadamente, un saludo cortés, algo así como un -¡Hola!-, así a secas, él le dirigió la mirada y como no sabía de protocolos ante el amor, le dijo: Me gustas demasiado, quiero morder tus labios como se muerde una manzana. Ella, sin parar de contar, le aseguró que le gustaba su nota, pero que debían ir sin tanto acelerar, claro que al Chasky sí le gustaba ir como los carros que arreglaba, así con freno de motor nada más, así transcurrió todo, se conocieron a los 16, más y más citas en el Parque la Libertad, el primer beso y se prendió el fuego, al padre de ella no le cabía en la cabeza que se enamorase del mecánico que le arreglaba su auto y le tensionaba los frenos, sin embargo, se fueron a vivir juntos, tuvieron dos hijos hasta que ella se aburrió de la fumadera y se fue a estudiar Antropología para Argentina, el Chasky no supo más de ella y de sus hijos hasta que cayó en la delincuencia. Ya solo, sin esperanzas y sin ilusiones, conoció a Beatriz, una vendedora de tintos del barrio y a quien frecuentaba cada mañana al desayuno; no fue el mismo amor, aunque se le fue la mano y le sembró la semilla de otro hijo, lo culparon de haber extorsionado a un finquero de la región y vino a parar a la cárcel. Durante cuatro años aprendimos de sus locuras y él de las nuestras, también lo pusimos a caminar derecho, sobre todo Desquite, con quien se llevaba horas y horas charlando en la celda y recibiendo buenos consejos; al final podremos decir que salió de la cárcel y que nunca dejó a Beatriz, quien era la cómplice de su vida, la que le había aguantado todo y la que nos traía de comer; en realidad es una mujer verraca y buena gente, ahora vive con ella, ya es otro hombre, el próximo domingo vendrán a visitarnos.

Comienzo a pensar ahora y espero que no me queden pormenores al describir a estos personajes: Desquite, a quien trato de defender desde aquí, desde la celda, y al Chasky, fiel compañero de luchas y a quien era necesario nombrar como aquel referente que ayudó a salir del silencio profundo a nuestro amigo. Señores, yo Juan no puedo asegurar nada de mí, no puedo defenderme pero sí defender, trabajo que le dejo a Desquite, quien narrará mi historia mientras cuenta la de él mismo; solo les aseguro que si lo dejan en libertad dejarán a un buen hombre y que, en realidad, él no la mató, simplemente se dejó llevar por los deseos y por las redes del amor. Me despido: Buena suerte y hasta luego.

IX

Detrás de toda percepción estaba mi silencio, no me importaba mi suerte, no existía el camino, ella era el único camino sin camino, ahora debía correr el riesgo de dejarlo todo, a expensas de mi humilde fuerza, con la que arranco las tentaciones de los momentos fugaces para la tranquilidad eterna, voy a correr el riesgo de aquella locura, manía de decirle no a las posibilidades, para darle paso a un solo sueño que danza bajo el universo, que ríe, llora, sueña. Juan se me había acercado el primer día de prisión y sé que me acompañará hasta el final, me supo comprender y sobre todo estabilizar el rumbo de los días; después de salir del silencio pude expresarle las siguientes palabras:

Me siento moribundo, Solo la náusea se manifiesta,
El mundo no tiene valor, Todo huele a podredumbre,
¿De quién espero una caricia? Solo me manifiesto con deterioro,
Mis palabras no son de motivación, Son de guerra conmigo mismo,
Se acaba la incertidumbre, Los buitres vuelan por mi casa,
Mi boca está deshecha, Mi lengua sabe a amargura,
Me desaparezco, No quiero oír más gente,
Más consejos, no quiero saber del amor,
El amor ha muerto...

Después de todo había que ponerle un poco de tinta a la pluma y dejar que la estrella divina ayude a poner la mente y la frente en alto; Juan me había contestado que todo se soporta en la vida, que todo se supera, no hay nada que se escape ante el Espíritu Guerrero, palabras de motivación ante la desesperanza, a vuelo de Cóndor habría que enfrentar todos los siguientes días y con la concentración de la serpiente al ataque, para aprender todo sobre esta nueva comunidad que se presentaba ante mis ojos, dejando a un lado las viejas formas del pensamiento, el encierro en que me encontraba habría que cambiarlo por nuevas posibilidades, así comenzarían a transcurrir los días sin hora fija para hacer la siesta.

Juan, el jefe de patio, al que lo habían conmovido mis palabras, pero cómo no, si es aquél amante del rock & roll, la salsa y la ranchera, amigo y compañero del Triple X, con quien habían compartido calle, el humo y uno que otro balazo. En la calle eran respetados por todo el mundo, sobre todo cuando sacaban su Mini Uzi y comandaban toda la bandola de los Dragones y se enfrentaban de esquina a esquina con Los Ángeles Negros. La muerte de un niño lindo de esta banda fue la causante de que Juan parara en la cárcel. En realidad, es que a Juan siempre le gusta poner la cara; ese día todo mundo salió corriendo del lugar, salvo él, a quien capturaron, pero, en sí, todo ocurrió en el intercambio de balazos; siempre ponía la cara hasta con el suegro, aquel día en que Susza le había contado que estaba embarazada, por lo general los dos siempre han mantenido una fidelidad casi mística y metafísica, ella era la que le preparaba la Mini Uzi y manejaba las balas y el dinero de Juan, también quien cada mañana se dirigía a la capilla Santo Sepulcro a rezar para que no le ocurriera nada a su amado, pero aquel día no le sirvieron las plegarias, acaso ¿quién iba a pensar que aquél muchacho iba a ponerle el costado izquierdo a las balas?

Hasta ahora Susza ruega por nosotros, se dirige cada mañana a la capilla y mete entre su chaqueta la Mini Uzi, se fuma un Pielroja después de dejar su hijo al colegio, le ha tocado duro desde que capturaron a Juan, pasar de un oficio a otro para poder visitarlo cada domingo y hacer el amor al ritmo de AC-DC. Para Juan, ella encarna la muerte en sí misma, puro humo, blue jean, y balas, nada de consentimientos al igual que la amada de Rousseau, tenía la pistola en la repisa por si no la complacía amatoriamente, en realidad era un peligro, nada de ontología, pura carne, para ella todo concepto estaba sin fundamento, sobre todo porque aquí, en la ciudad, de lo que se trataba era de sobrevivir y de no dejarse matar. Claro que Los Dragones la defendían como si se tratara de un tesoro, estaban, como quien dice, en todo menos en misa; es que Juan y Susza eran inseparables, por ello cuidar de ella era como cuidar de él, solo habría que esperar a que salga de la cárcel y todo volverá a su normalidad; por su parte, Los Dragones no han dejado de hacer respetar su lugar.

Juan el imprescindible, quien también usa el teclado como jugando Naipes, el que llama a los ancestros cada noche con la armónica a ritmo de Rock & roll, el que crea un devenir entre noche y literatura para comprender que la literatura no es pura teoría, es más que eso, la vida misma en su manifestación máxima; quizá también había caído a la ciudad buscando una vida digna, un futuro como todo ser que cae en el vértigo del tiempo; así es Juan, el amigo de las batallas singulares, a quien los guardias no son capaces de negarle nada, el guerrero de toda calle, de todo barrio, pero ante todo es un lector apasionado y con quien hacemos de todo esto al estilo Bukowski: “una pelea de peso pesado”².

-VEO MÁS DE LO QUE SE PERDIÓ-

I

Tenía 6 meses cuando doña Catalina le había diagnosticado hielo de ánimo, ella llegaba al rancho en busca de unas hojas de valeriana para los nervios, esa mañana encontró a la madre preocupada por la diarrea y amarillez de aquel niño; no sabía qué hacer, pues el médico titulado del pueblo no había podido dar en el punto de la enfermedad, los jarabes y analgésicos no causaban efecto en el organismo de Samuel. La madre, preocupada, arrullaba al niño que no paraba de llorar, sin más qué hacer doña Catalina diagnosticó -un fuerte hielo de ánimo. Vendré en la noche para soplarlo y llamarlo, dijo. Doña Catalina era una curandera del lugar, se ponía follado negro, saco de manga larga con botones, blusa de colores, falda negra, pañolón y alpargatas, vivía al otro lado de la montaña y curaba de lisiones, mal viento, aire, diarrea, leía la mano, el tabaco, daba remedios para la suerte, el amor y sanar las heridas del corazón.

Era necesario caminar media hora desde el rancho de Samuel hasta ese lugar ubicado en la colina; antes de llegar al rancho de paja y bahareque había que pasar por debajo de unos robles frondosos que no dejaban cruzar la luz del sol, el camino a lado y lado lleno de flores de Caballero de la noche que quizá los habría sembrado su difunto marido. Doña Catalina vivía sola, era viuda y con tres hijos, quienes habían viajado a la ciudad en busca de futuro, ella no tenía qué brindarles pues vivía de los favores que le hacían los demás, de las curaciones y de la remesa o alimento que sus clientes le llevaban a cambio de los brebajes, ése era el método filosófico que había usado para sacar adelante a su familia.

Ya eran viejos amigos, desde aquel día que Don Antonio, el padre de Samuel, se había montado en un caballo recién comprado y como era potrillo se asustó al mirar una serpiente cascabel que cruzó rápidamente por el camino, así que levantó las patas de atrás mandando hacia adelante a su nuevo propietario, a quien del golpe le rompió una costilla. Don Antonio, adolorido, cogió un racimo de plátano y se dirigió con su esposa María Isabel a casa de doña Catalina; ella, fumando su tabaco, los recibió con gusto preguntando ¿Y ahora que me le pasó a este pobre hombre? Después de tomar agua de panela prendió una vela y preparó un vaso, luego lo colocó en el costado derecho del paciente, donde era la lesión, tapó la vela con el vaso y lo expulsó hacia afuera, Santo Remedio expresó, mañana viene para pegarle otra curadita.

Así transcurría la vida de doña Catalina, recibiendo pacientes y enviándolos a sus casas con palabras de aliento. Ella no manejaba dinero y cuando quería tomarse unos tragos pedía a sus pacientes una media de aguardiente, un poco para soplarlos y el resto para embriagarse. En la tarde, a eso de las 5:00, llegó a la casa del pequeño Samuel con un manojo de ruda y guapo tigre en sus manos, listas para curar al pequeño; la madre la recibió con gran aliento y esperanza, cerraron la puerta del dormitorio, le quitaron la ropa al niño, la señora le pidió que lo coloque boca abajo, Samuel lloraba y lloraba durante el ritual que duró cerca de 15 minutos, ¡Ven, ven a tu casa Samuel! Clamaba la curandera. Después de terminado el ritual el niño dejó de llorar, como por arte de magia; la madre, muy agradecida por la cura del pequeño, le acomodó a doña Catalina un poco de arracachas y dos quesos. El sábado, día de mercado, se encontraron en la plaza de aquel pueblo lejano llamado Pucará, ubicado en la

cordillera, y ¿Cómo sigue el Samuelito? preguntó la curandera. Hay que darle alfalfa para que crezca sano y no le vaya a pegar la anemia. Así comenzaba a transcurrir la vida de Samuel, afrontando los primeros trastoques de la vida, con la ayuda de los sabios del lugar.

II

Pateando sueños comenzó a dar sus primeros pasos, los zumbaba hacia arriba y los esperaba con el pie izquierdo, dejando todas las flores marchitas de su casa y la huerta llena de carreteras sin destino. La más dura de las horas era cuando tocaba el baño, que se hacía con el agua expuesta al sol y llena de hojas de tipo para ahuyentar a los espíritus que quisieran entrar en esa alma pura e indomable. No entendía del lenguaje de los otros ni le interesaba la civilización, solo comprendía su propia razón y los planes que surgían a diario, de las casas de hojas de eucalipto y paredes de cartón, palabras primeras que se escuchaban llenas de paz y reconciliación, palabras que no entendían de estética y cambios, donde la gente solo se empeñaba en amarse y en querer vivir.

Aún no se entiende en qué momento se ha perdido esta bella locura, toda la forma de amar y del sentir sin tiempo, en qué momentos futuros tendrían la presencia todos los fracasos, sin duda el espíritu habría de fortalecerse desde pequeño para afrontar todos los golpes de la vida, con el canto de la quena que luego sonaba en las calles junto con los enamorados, el silbido de la serpiente y de los pájaros cantores, el sonido del tambor que se siente a lo lejos alrededor del fuego, cada mañana en la montaña todas las aves agradecían al Dios ancestral por el comienzo de un nuevo día, María Isabel se levantaba temprano a prender el fuego y preparar café para su esposo, quien se marchaba a primera hora a trabajar en las labores del campo; Samuel y Joaquín, al escuchar el primer canto del gallo, ya se daban por enterados que llegaba la hora de volver al aula de clase, donde la profesora Blanca les enseñaba a escribir Papá y Mamá.

Al ir caminando hacia la escuela, los dos hermanos siempre decidían seguir al viento bien atado a sus sueños y las pasiones del alma por aprender a vivir, sabían que era mejor vivir en un hechizo antes que afrontar todas las enseñanzas de la profe y el adoctrinamiento por venir; sin embargo, se podía comprender que era difícil ser y pensar diferente, así que desde pequeños el primer aprendizaje era afrontar lo que se venga. Llovía muy duro por esos primeros días de escuela, mes de septiembre en que su padre se preparaba para la siembra de maíz y ¡claro!, ellos, al igual que los indios, eran hechos de Maíz más que de cualquier otra cosa; pero así con letra mayúscula, como se escriben los nombres de los dioses, aquella mañana no había otra alternativa más que disfrutar de la lluvia y ponerse las botas, recibir la bendición de los creadores y continuar caminando 40 minutos para poder adquirir un poco de conocimiento. Allí, en aquella escuela de tapia y de teja, Samuel había conocido por primera vez una biblioteca de 1,70 de alto por 50 de ancho, es que en aquellos lugares valía más cargar un buen machete que un libro, pues era de más utilidad para enfrentar a las serpientes y al jaguar.

Desde aquellas épocas se ponía al conocimiento en línea recta; así, bien lógico. Bien derecha la fila, decía Blanca y -se me ubican desde el más alto hasta el más pequeño. El conocimiento bien estructurado, luego uno a uno se ubican en su respectivo lugar y me

esperan de pie; así era, había que obedecerle, si no querían ganarse un reglazo, pero, bueno, sirvió de algo, pues ninguno de los alumnos llegaron a ser unos bandidos; luego se rezaba el rosario y posteriormente la entrega de la tarea. Había ocasiones en que Samuel no entendía por qué tanto protocolo, por eso, en vez de mirar a la profe, miraba hacia afuera, por en medio de la puerta, sí, afuera, decía entre sus pensamientos, afuera la libertad, el verde de los pastos, los pajaritos, el aire puro, el correr de los venados, el camino del jaguar, movía la cabeza y decía no entiendo por qué me trajeron a este lugar, si en casa yo escogía mis propios juegos, mis propios pensamientos.

Su hermano mayor ya se las sabía todas. Le decía cada tarde –Samuel, desarrollarás la tarea si no quieres que te regañe la profe. A él, por el contrario, le gustaba andar con su padre, cogía un azadón pequeño y caminaba hasta donde él estaba, se tomaba un poco de chicha y comenzaba a remover la tierra simulando lo que hacía el padre, se iba de surco en surco, así como cuando uno escribe. Caído el atardecer llegaban al rancho y nada que hacía la tarea, terco como él no había otro, así que, tanto hacer, cogía los cuadernos y se sentaba a mirar las responsabilidades que le habían sido impuestas; las tardes, por esos días, eran soleadas y muchas lluvias por las mañanas, cada día era un volver a caer en la rutina desde el primer lunes en que a Samuel le tocó ir a la escuela.

III

Antes de que cayera la noche debía estar terminada la tarea, no había luz eléctrica en la montaña; en ese entonces todavía no llegaban los cobradores de impuestos, todo era paz y tranquilidad, se respetaba el poder de la palabra. Si a don Antonio le quedaban a sacar los bueyes para el arado a las diez de la mañana, era a las diez de la mañana, ni un minuto más tarde; él siempre decía que el hombre vale por la palabra y la mujer por la belleza, por eso la profe, además de ser bella, tenía que ser bien puntual en aquella escuela y así comenzaba a aprender algunos puntos fundamentales de ética, de esa que no se ve en las ciudades; por eso, viniendo de la metrópolis había decidido quedarse en Pucará. Bueno, el punto es que, como era joven, recibió miles de pretensiones de aquellos amigos del pueblo que no dudaban un solo instante en lanzarle, como quien dice, los perros. Bien, sé que uso un lenguaje un poco ordinario, pero creo que el contexto en el que hemos entrado lo amerita; que todo sirva para recordar un poco la niñez de Desquite o, ¡qué digo!, Samuel y sus primeras travesuras. Bien, debo confesarlo, además de ser el investigador, soy el abogado voluntario de este caso y reconstruyo a modo de arqueología todo lo relacionado con este preso, un preso del pensamiento y del destino; es que las cosas fueron así, señor juez; vamos a reconstruir paso a paso la vida de este hombre, para demostrarles la verdad mediante este proceso y que se puedan dar cuenta que no es tan mala gente como creen.

Bueno, creo que podemos continuar; no los culpo señores del tribunal; es más, pienso que así es que uno se equivoca y toma malas decisiones en la vida; pero no, la decisión de la profe estuvo bien tomada, se enamoró, por decirlo así; eso creó o, bueno, esperemos que sí. Lo único objetivo fue su matrimonio, que si fue un acontecimiento real, con una hora de misa y toda la cosa, es que en el pueblo no podría haber luz eléctrica, pero lo que no podía faltar era un padre; eso sí, había que comenzar a adueñarse de la mente de las personas, no se los podía dejar como ovejas descarriadas fuera del rebaño, porque después venía el

presidente de la república y les pegaba qué regaño. Las familias más distinguidas, como en todo pueblo, las que vivían cerca de la iglesia, entraban de primeras al reino de los cielos, según el padrecito; la familia de Samuel, como vivía a una hora, al otro lado de la montaña, en un lugar llamado Chaguarpamba, le costaría más llegar hasta ese lugar trascendental; seguro que le tocaría pagar más, más impuestos, más catastro, incluso hasta dejar la misma tierra para poder llegar a lo alto de los cielos; sin embargo, Samuel y su familia se conformaban con menos, con que hubiera bastante lluvia en octubre era suficiente para sembrar maíz y alimentarse; ellos vivían y ponían las esperanzas en otros dioses más verdaderos, más objetivos.

Así, cada día, la profe aprendía y desaprendía; es verdad que no había mucho de letras en aquellos campos y que el único tesoro era la decencia y la tranquilidad; miraba cómo las personas, los vecinos de Samuel, trabajaban sin descanso y la invitaban a sus fiestas o a las mingas cuando terminaban alguna labor que requería de muchas manos, como, por ejemplo, las cosechas de papa o de maíz, en las que por lo general sacrificaban un marrano y preparaban una chicha bien fuerte, para tomar y bailar durante dos o tres días; ella, por su parte, los acompañaba un solo día, llevándose una buena ración de carne; así era Chaguarpamba, de donde proviene Samuel; aquellos campos, como diría Portela, “donde reinó la abundancia, el trabajo y la esperanza, esa que ya se acabó, de los que sudaron las manos y trabajaron la tierra, aquellos que con su esfuerzo la hicieron fuerte y gigante y ahora está tambaleante de riqueza y porvenir”³. Es que la Felicidad quizá dura solo unos instantes; así fue, porque después de unos años las fuerzas criminales acabaron con la tranquilidad de esos lugares, que ahora, casi desiertos, acogen a unos pocos habitantes; en fin, en otra ocasión tal vez entraremos en materia.

IV

Aquella mañana Samuel y su hermano habían bajado corriendo por el camino hacia la escuela, saludaron a la profe, formaron la fila e ingresaron al salón; dejó la maleta en el pupitre y no se percataba que había alguien en el salón que no le quitaba la mirada de encima; él, todo tímido, sacó los cuadernos, sabía que no tenía ningún amigo en aquel lugar salvo su hermano, que, por el contrario, hablaba con los demás alumnos y se reían; así transcurrieron las primeras tres semanas de clase, en un vaivén de dudas para Samuel e incluso hasta llegar a pensar si continuar o renunciar a aquel lugar desconocido que, al parecer, se había convertido casi en un laberinto sin salida; los primeros días solo obedecía a las palabras de la profe, cosa que nunca le había gustado. Pero, bueno, decía, al igual ella como que no está nada mal; ¡en fin!, todo transcurrió en la misma rutina hasta que un día se dio cuenta que la pequeña Juliana era quien le dirigía las miradas y estaba un año delante de él nada más; es decir, en segundo año; ahora sí que tenía una razón para asistir a clase, pensaba entre sueños el pequeño Samuel. Así fue, todos los días se levantaba motivado porque sabía que la miraría en el salón; cabe resaltar que en aquellos tiempos no existían varios salones, pues la escuela era pobre, de teja y tapia, con un solo salón, una biblioteca y una cocina; en ese salón estaban todos los grados, desde primero hasta quinto; entonces, uno fácilmente podía escuchar la explicación que les hacía la profe en el tablero a los cursos más adelantados; desde esos momentos, a Samuel le gustaba ir de prisa, sabiendo

más cosas de las que le correspondía saber; desde ese momento se le había prendido la llama de la curiosidad, de la intriga y la entrega por saber cada día más.

No nos salgamos del tema; después de unos cuantos recreos, Samuel, al escuchar la campana, salió rápido, fue al baño y se sentó cerca de la cocina; de pronto, se le acercó Juliana y le regaló una galleta; claro, ella ya había perdido la timidez dentro de la escuela y decidió hablarle y le preguntó: ¿Tú eres el niño nuevo, hermano de Joaquín? Él solo alcanzó a contestarle –Sí. Cuando corrió donde estaba su hermano, porque las piernas y las manos se le habían llenado de frío, estaba sorprendido, no sabía qué hacer, aún su mente no estaba acostumbrada para recibir ese tipo de ataques de carácter sentimental. Sí, soy un ingenuo al relatar estas cosas, pero en estos tiempos era importante rescatar esto, la ingenuidad, o quizá las cosas naturales, narrar de la forma más natural y encontrar así el mejor estilo.

Los ataques continuaron hasta que un día decidió enfrentar todo y se preparó; se fue una tarde soleada con su padre a la montaña y allí encontraron una pequeña torcaza huérfana; el padre de Samuel la bajó de entre las ramas, porque no sabía volar y se la encargó a Samuel para que la cuidara; él, al recibirla en sus manos, pensó en ella; se dijo: este es el regalo que el Dios me ha dado para dárselo a Juliana; así fue, a los 15 días de cuidado, Samuel había decidido llevar la pequeña torcaza a la Escuela, así que la llevó entre sus manos y se la encargó a la profe; mientras tanto, a la hora del recreo la recibió nuevamente; se sentó en el sardinel, mientras le daba de comer y la acariciaba; por su parte, Juliana, al mirar aquel gesto, se le acercó y le dijo: ¿puedo acariciarla? Samuel, tomando un poco de aire, le respondió: -Es tuya, la he cuidado para ti; de ahora en adelante tú la cuidarás y el día que decida volar, volará para los dos.

Samuel sabía de retórica más que nadie. Lo había aprendido de su padre al escucharle todas las cosas que le decía a su madre y es que para expresarse bien no hace falta preparar un buen discurso, sino simplemente sentirlo; eso había aprendido, a sentir todo lo que se dice y todo lo que se hace. Aquel día Samuel había sacado un cinco en lo sentimental, Juliana le había dado un beso en la mejilla al despedirse con el ave entre sus manos; desde aquel momento, todos los días se reunían al recreo y compartían el desayuno, desde primero hasta cuarto año; él, por su parte, ya tenía algunos amigos con los que jugaba a las canicas y con ella también al ponchado o al congel, pero cómo no retomar esos días de profunda lucidez, de pureza total, en esos momentos en los que uno no siente el pasar de las horas.

Como lo bueno dura poco, Juliana había llegado rápidamente a quinto año; sin remedio debía irse de la escuela, por obligación la esperaba el colegio y nuevas amistades; de esta manera, los días se tornaban grises para Samuel, sin Juliana las cosas serían a otro precio y debía comprender por primera vez que en la vida no todo es color de rosa; ella, por su parte, le había prometido que lo esperaba en el colegio para seguir compartiendo más recreos y más juegos; pero no, tenían que comprender que todo está sometido al cambio y contra eso no valen las promesas.

Así pasaron esos cinco primeros años de vida académica para Samuel, un poco difíciles en los que no podía acoplar su pensamiento a las leyes del saber; en realidad, eran los más

difíciles, pero, sin duda, los más felices, para entender que la felicidad surge en medio de lo complicado, las madrugadas, las tareas, eran cosas que no tenían sentido por aquellos días; sin embargo, después se puede entender el porqué de tanto sacrificio, pero como uno debe madrugar si quiere ver el rayar del día o contemplar el amanecer en todo su esplendor, uno debe afrontar con fuerza todas las mañanas para encontrarse con todas las miradas, para quizá surgir en medio de una chispa de locura, todos los días de clase y todo el saber a partir de allí habían sido una constante lucha, un riesgo frente al dominio, el ponerse las botas, pisar el lodo, resbalar y levantarse, surgir como ser singular en medio de una pluralidad implacable que pone su marca en el mundo y la que es difícil dejar de seguir.

V

Como queda claro, el tiempo pasa y pasa y los sueños se esfuman. Samuel salió al recreo y se sentó en la cancha de micro del colegio; justo en ese momento pasó Juliana al lado de un grandulón de noveno grado; él, con ansias locas, quería correr a saludarla o no sé, hacer algo, pero hubo algo que lo detuvo; sin embargo, miró cómo se perdieron en medio de la multitud de estudiantes e ingresaron a la cafetería, luego salieron y se sentaron frente a la sala de informática. Samuel miraba, solitario, como ella se reía junto al joven que quizá lo aventajaba en las tácticas del amor; él, sin nada más que hacer, caminó por los corredores del colegio recordando los recreos de la escuela y aquella tranquilidad de la naturaleza que invitaba a soñar teniendo como impulso la sonrisa de Juliana, se internó en el salón de clase del grado sexto B, arrancó una hoja de su cuaderno y escribió:

Yo, que te veía sentada como flor en primavera,
Al acecho del movimiento para probar su dulzura
Creando seducciones en el pensamiento,
Palabras al viento que irían a la basura,
Que se derramaron sobre la tinta y el papel
Para luego sentir estremecer
Sobre el rechazo de la mano extendida
Para generar respuesta inconclusa por tu orgullo.
Ahora eres orgullosa, ¡Ya no me gustas!
Quieres controlar el movimiento de los seres,
El pensamiento ya no quiere derramarse más
Por eso no quiero hablar,
Tiempo y espacio ante tu proceder,

Ahora el mundo es tuyo, se rinde a tus pies
Mañana dará la vuelta y se verá anochecer,
Entonces sentirás frío y buscarás el calor de mis palabras,
Pero se las habrá llevado el viento, junto con el tiempo
Y estarán en busca de nuevos horizontes, de nuevos corazones...

De repente, entraron el profesor de Biología junto con los demás estudiantes; él, por su parte, dobló la hoja con rapidez y la guardó en su bolsillo derecho; el profesor continuó explicando las partes de la célula, pero Samuel no podía concentrarse, comenzó a rondarle por la mente la imagen de Juliana en el recreo; sin embargo, sacó una conclusión lógica, algo así como una Tesis: era evidente que Juliana hiciera nuevos amigos en el cole; Antítesis: ellos, al verla tan hermosa, no dudarían en llamarle la atención y conquistarla; Síntesis: Él estaba perdido.

Aquel día todo se había tornado gris para Samuel, caminó hacia su casa, almorzó, hizo las tareas, pero todo con un cierto grado de sinsentido. No era para menos, sabía que no podría caminar por el parque junto a ella como lo había planeado en su mente o quizá su más profunda ilusión, desde esos días iba aprendiendo que el mundo es cruel y que era más saludable vivir con pocas esperanzas, por no decir con ninguna. Seguro que las semanas siguientes evidenció sus sospechas de que Juliana lo había olvidado, pues un día soleado de recreo ella pasaba con una compañera y simplemente lo saludó con un adiós con la mano; quizá no era el saludo que él esperaba, al soñar que se sentara junto para seguir platicando y reafirmando la existencia. Así transcurrieron los días con ese toque de indiferencia; mientras tanto él, una noche de lunes, buscó entre los cuadernos aquel papel que había escrito meses atrás, pensó en hacerle unos arreglos; sin embargo, optó por dejarlo así, simple y sencillo como era él; al otro día lo llevó al colegio y se lo entregó a Juliana; ella, al mirar este acto, no supo qué decir; sin embargo, él corrió de prisa porque el timbre había sonado. Ella continúa caminando cada recreo con el grandulón de noveno; él, por su parte, continúa mirando los desafíos de microfútbol que se presentan cada día y mirando rodar la pelota como rueda la vida.

Será acaso posible que todo esté condenado a la perdición y que el único ritmo lógico lo tenga la tierra, ese pequeño terrón que da vueltas en el universo, que todas las pretensiones de Felicidad de los humanos debían ser aplacadas por el ritmo incesante de los días, por el ritmo de la lluvia, esas pequeñas gotas que cambian los planes y obligan a salir e ir en contra de lo predestinado, para darse cuenta que el destino no existe y si existe es solo un vértigo o una patada en el estómago a medianoche, porque eso era lo que había sentido Samuel aquellos días, como cuando te dan un balonazo en plena boca y tus dientes quedan con sabor a sangre; eso es el destino, un balón que gira en el recreo y va de patada en patada, de salida en salida y de sacada en sacada, de repente el lateral derecho saca un puntapié hacia la cancha norte y pasa cerca del palo izquierdo y puuuuummmm, no se

percató de que tras de la cancha pasaban tres chicas comiendo Choclitos y nada que hacer, tiro en el blanco, el balón impacta en el hemisferio derecho de una de ellas y al suelo; al final, reincorporarse y continuar al darse cuenta que el día no ha sido perdido, que por lo menos se hizo algo y si no se puede enviarles flores a las señoritas, por lo menos balonazos; sin embargo, la conclusión es que si tienes los deseos de pegarle un balonazo a una señorita, le apuntas y no logras tu objetivo, porque el balón se desvía y es gol; eso es el destino, un gol que no tenía predestinado ser gol.

Era fácil salir de ese amor, quizá el primero, o de esa guerra consigo mismo en el sentido más existencial posible; lo difícil era lo que está por venir y es que uno nunca sabe a qué atenerse; en fin, las clases se prolongaban hasta la una y Samuel debía caminar hacia la montaña, el camino le enseñaba a ser cada vez más fuerte, circunstancia que lo sacó quizá de la locura y del fracaso de haber perdido a Abril; es que uno no se olvida de lo aprendido ni de lo vivido; uno carga cada paso, cada lucha, cada recuerdo; lo realmente difícil es dejar un poco esa carga en el camino o por allí dejar tirado todo en alguna alcantarilla; así se va aprendiendo que la vida es un camino sin olvido.

En las mañanas, Samuel aprendía toda la teoría que hacía que la vida se tornara un poco diferente en la relación con los demás: había aprendido a saludar, a despedirse con el movimiento de sus manos, a decir adiós, buenos días, hasta luego, a entender que día a día uno se encuentra con gente que alumbrá los caminos, principalmente a perder la vergüenza ante los demás: en las tardes, aprendía de su padre sobre cómo llenar la despensa de su casa o sobre todo cómo la magia de la tierra llena la mesa cada mediodía y cada noche; era, en realidad, importante todo el aprendizaje para sacudir un poco la conciencia ante toda la dialéctica que implica vivir.

VI

Claro que sí, hubo otros amores en el colegio, pero solo fueron amores de arrabal o, como diría Sabina, “aves de paso”⁴; ninguno tan marcado de acontecimientos como lo que ocurrió con Abril, todos envueltos en un profundo devenir; cada día, cada aprendizaje mutuo, cada palabra, cada escrito, cada beso, que configuran poco a poco la existencia, el paso de todos nuestros movimientos en un todo, el viaje. Samuel recorrió esa parte de su vida, que fue quizá la más dichosa, la más pura, sin el avatar de los vicios ni de los excesos, con gente que no dejaba su huella por tener dinero, sino por tener principios, esos que tanta falta hacen en nuestra época postmoderna, pero, ¡jojo!, no unos principios universales sino más bien particulares, que hagan la diferencia y que no hagan de todo este país solo una montonera que no tiene para dónde coger, porque así quedó aquel muchacho, sin saber para dónde coger.

En aquellos días, después del grado de colegio, la cosa se puso tremenda por esas tierras; estaba Samuel con su padre un domingo en la mañana llegando a su casa con unos guangos de leña, de pronto miraron a 17 hombres que se acercaban al rancho; llegaron, saludaron, asentaron la maleta y los fusiles, les pidieron el documento de identidad y todos los papeles que fueran necesarios, incluso la escritura del predio donde vivían, no aseguraron de dónde provenían, simplemente venían a poner orden por esos lugares y pretendían quedarse unos

días haciendo una que otra revisión sistemática, para mirar de qué sobrevivir. Esa noche se quedaron en el rancho; doña María Isabel tuvo que preparar el alimento para todos los visitantes, así que mató cinco gallinas con la falsa promesa de que se las pagarían, pero no fue así; al otro día arrancaron al amanecer, sin decir nada.

Aquel ambiente lleno de tranquilidad se tornó color gris para sus habitantes, se oían comentarios por todo lado de que aquellos hombres venían a buscar la manera de enriquecerse mediante la explotación de aquellas tierras; pero nada más que eso, venían a sembrar el terror; lo digo porque una noche llegaron a casa de doña Catalina, ella con sus años encima pensaba que no toleraría a esos bandidos, así que no les hizo caso y no les dio entrada, les dijo que se larguen por donde vinieron, que ella quería paz y tranquilidad y que se encargaría de hacer que se vayan. Ellos, aquella noche, robaron y saquearon la casa; doña Catalina, enfurecida, intentó hacerles un maleficio para que se vayan, pero fue imposible; volvieron la siguiente noche y la colgaron de un árbol de ciprés; al día siguiente apareció muerta sin que nadie sospechara del asesinato; primer caso de muchos a los cuales no se les ha podido encontrar la causa de muerte; todos quedaron sorprendidos por el hecho; don Antonio no dudaría en sospechar por qué si antes que llegara esta gente todo transcurría en profunda normalidad y las muertes que se daban eran naturales, ya sea por exceso de años o por alguna enfermedad común.

Todo comenzó a elucidarse desde que esos hombres, comandados por Felipe, comenzaron a talar los árboles de la montaña y adueñarse poco a poco de los predios de doña Catalina; cada árbol caía frente a la inclemencia del ser humano que, mediante su avaricia, proclamaba su sed de victoria frente a la naturaleza; cada planta que caía dejaba sin camino el sendero del jaguar, del puerco espín, del oso hormiguero, dejaba al quetzal sin sus nidos y a las torcazas sin sus frutos; todo tendría su remplazo de carácter monetario para que mucha gente invadiera esos lugares, plantara sus negocios y junto con ellos todas las injusticias llenas de sangre y muerte; claro está, hasta aquellos días no había dinero, pero había tranquilidad; luego, llegó más y más gente en busca de futuro, de trabajo, en busca de lo que fuera necesario para vivir; se formaron grupos y con ellos bandas y bloques de movimientos para plantar la bandera del narcotráfico y el contrabando, para implantar su ley, con normas de codicia y decadencia. El plátano y el café fueron reemplazados por la planta de hoja de coca; a diario se veía bajar por la montaña a los patrones que trataban a sus peones no como personas, sino como cosas; les clavaban doce horas de trabajo forzado, días en los que sonaban por todo lado las motosierras dando aviso que había llegado la máquina y con ella la destrucción, el desarraigo, la mentira, el fraude, la impaciencia.

La mayoría de personas del lugar eran obligadas a dejar sus tierras; Felipe había montado un campamento y un retén cerca de Chaguarpamba; se adueñaron fácilmente del pueblo, todo el que entraba y salía debía presentar sus documentos, cada uno de sus habitantes estaba registrado en un libro grande a modo de portafolio; una tarde de sábado hicieron una reunión mediante la cual informaron a los pocos habitantes que: “De ahora en adelante todos los habitantes de Chaguarpamba deberán regirse a nuestras normas y leyes; nosotros los protegeremos siempre y cuando reciban nuestras órdenes y las acaten al pie de la letra. Nadie podrá salir sin previo aviso a la ciudad y aquel que nos denuncie será carne de cañón;

sabrán ustedes que no somos personas que andamos con rodeos y si tienen alguna duda pregúntenselo a sus muertos”. Esa tarde, el padre de Samuel no había asistido a la reunión.

En aquél campamento, habían citado a la mayoría de los dueños de predios de la montaña; el propósito era negociar los predios para poder seguir expandiendo su codicia; realmente el precio no era moderado, así que el primer campesino citado se negó a vender. ¿Quién querría vender si esa era la única forma de sostenimiento en el lugar? Aun así, para aquellas leyes no existía otra opción, o vendía o moría; algunos de los campesinos del pueblo fueron asesinados para intimidar a los demás, a los que querían que la dignidad se mantenga en aquellos lugares.

Una tarde citaron al padre de Samuel, quien, dejando el azadón metido con fuerza en la tierra, decidió llegar a su casa echarse un baño y asistir; esa noche se encontró con Felipe, quien le propuso que le vendiera la finca por tan solo quinientos mil pesos; mientras tanto don Antonio reflexionaba y se decía que con tan poco dinero no le alcanzaría para sostener a su familia y tendría que irse a otros lugares, buscar otros trabajos a los cuales él no estaría ya muy acostumbrado. Sin embargo, habían llegado a un acuerdo con Felipe, que a cambio de quedarse en Chaguarpamba, don Antonio debía botar las plantas de café, de plátano y yuca y sustituirlas por cultivos ilícitos, sabía que no tendría más opción; él, por su parte, desde sus principios, que habían sido aplacados por la corrupción, necesitaba quedarse y no quería morir; las ganancias de esos cultivos irían la mayoría para los grupos armados, don Antonio no comprendía en qué momentos la vida le había dado un giro de 180 grados; no comprendía el porqué de todo esto, mientras escuchaba por la radio como el gobierno nacional emprendía y hacia empeños por construir la paz; pero cuál paz, si todos estos capítulos son una locura, un testimonio de lo que vivió Samuel y de cómo se fue dando cuenta de que la vida no es color de rosa; de que en un país como el nuestro uno lucha por sobrevivir y, en el caso de don Antonio, por no dejarse morir a manos de las fuerzas criminales que engendran los malos gobiernos y también las malas decisiones de los pueblos.

No quería morir, tampoco quería irse, quería quedarse para mirar qué pasaría con el lugar que lo vio crecer; sin lugar a dudas, había pasado de ser propietario a ser peón, pues todos sus movimientos eran controlados por esta gente. Cuanto salía, cuanto entraba, cuanto quedaba, todo, absolutamente todo, era controlado, si no era por el gobierno, por los delincuentes, no había salvación. -Estamos totalmente perdidos-, les aseguraba a Samuel y a Joaquín; ellos, por su parte, le ayudaban y le daban ánimos para proseguir; él quería vengarse, su paciencia había llegado a los límites; no comprendía el porqué de tanta injusticia, de tanta mentira, de tanta indignación; así transcurrieron dos años, en los que Samuel ya era todo un joven, había cumplido 19 años; Joaquín, de 23 años, le ayudaba a su padre a llevar todo el peso de las injusticias y también a centrar un poco a la familia; no podían soportar más en aquella montaña, la mayoría de sus habitantes habían salido desplazados del lugar, otros habían muerto, don Antonio era terco como una mula y si era necesario morir, moriría por no cambiar su carácter y sus principios; para él, la vida era una constante lucha, donde no había tregua, en la que no hay tiempo para dormir, a veces ni para comer, si es que uno en realidad quiere llegar a tener alguna cosecha; pues bien, los

señores del lugar habían llegado al rancho a reclamar un poco de dinero de la venta de café; don Antonio no comprendía, el por qué le habían hecho acabar con más de la mitad del café que le pertenecía, para sustituirlo por cultivos ilícitos y, ahora, tendría que darles parte de lo que le pertenecía; no había lógica. Entró en cólera y sacó su machete y, descontroladamente, aseguró que eran unos hijos de puta; les dijo que no daría ni un peso, que trabajen como le había tocado a él, que aprendan que en la vida no hay cosa fácil; quizá esas fueron las últimas palabras de don Antonio. Después de tres noches de lo ocurrido, llegaron por la parte de atrás, los perros ladraban y sus ecos se confundían con los de los búhos que manifestaban un mal agüero, el de muerte y de dolor; eran las 11 de la noche cuando se oyeron dos balazos que callaron a los perros; tumbaron la puerta a culatazos mientras don Antonio y sus hijos se preparaban con los machetes y rejos para enfrentar al enemigo; ya está bueno de tanta condolencia, dijo don Antonio, pero no había nada que hacer, las balas eran más fuertes que la misma voluntad de combatir; así, a mano limpia, como les gustaba en aquellos lugares, solo así se demostraba quién las tenía mejor puestas; fue una lucha interminable, durante 20 minutos; mientras que Joaquín caía herido por un balazo en la pierna izquierda, Samuel, por su parte, libraba una lucha codo a codo con dos de los agresores, mientras se les escabullía por en medio de las hojas de plátano y de los árboles de aguacate; en realidad, logró escapar, mientras corría a pedir ayuda a las personas más cercanas; corría y corría, mientras su saliva se mezclaba con la sangre, sangre de fatiga, de dolor, de muerte.

Don Antonio y Joaquín eran amarrados a los dos pilares de la casa, en cuestión de minutos serían fusilados; observaban como se reían de su suerte, mientras afrontaban con total coraje los últimos instantes de la vida; los asesinos, mientras tanto, se embriagaban y jugaban al parqués en tanto decidían quién probaba puntería; ya cansados de jugar, decidieron ejecutar a Joaquín, quien con la frente en alto recibió dos balazos y bajó la cabeza; su madre, por su parte, corrió a arroparlo entre sus brazos, pues aquel hombre que la sostenía la había suelto en respuesta de piedad ante lo ocurrido; procedieron a ejecutar al padre de Samuel, justo en el momento que accionaron el gatillo María Isabel se interpuso en el camino del proyectil y fue herida de muerte; cayó agonizante a los pies de Antonio; ella, su compañera de lucha, de fracaso, se encontraba ante sus ojos lista para emprender el viaje; él confirmaba su amor y también el horror en el que habían caído los habitantes de Chaguarpamba y de su nación querida, con todo ese delirio y dolor, Antonio había pedido a los ejecutores que lo fusilen, que no den más tregua a tanto sufrimiento; ellos, por su parte, le propinaron tres balazos en el costado izquierdo y, luego, huyeron como alma que lleva el diablo.

VII

Este último relato no lo contaré yo, lo hará Samuel, quien se está defendiendo frente al tribunal; así que, honorables señores, dígnense escuchar, ya que él es el único vivo de la familia y quien, por causas de error y sufrimiento, está en prisión; pero quizá él no tenga la culpa, quizá sea inocente, solo que el destino le haya pasado una mala jugada o la vida misma en su manifestación, en su loco devenir; en realidad, solo podemos ver más allá de

lo que se perdió y lo que tanta falta nos hace, para volver a sentir esa libertad, esa respiración pura e indomable.

Samuel prosigue, explica lo poco que queda: -Señor Juez, sé que esto no bastará para quedar en libertad, que debo aclarar todos los hechos del caso con Abril; sin embargo, servirá de mucho para saber de dónde vengo y para dónde voy; esa noche fue una de las más crueles de mi vida, nunca podré olvidar cómo corría por en medio de la maleza para salvar mi propia existencia; me perseguían para descuartizarme, no les podía caber en la cabeza que podría quedar un miembro de la familia vivo; sin embargo, todas las fuerzas de la naturaleza me ayudaron para lograr escapar.

Después de tanto correr y correr, llegué hasta una zanja; como llevaba una cierta ventaja, ellos no sospecharon y desistieron en la persecución. Allí permanecí durante cuatro horas temblando de frío y miedo, esperando el momento oportuno para salir y huir del peligro; no podía huir del todo, debía regresar al rancho a observar toda la tragedia que se presentaba ante mis días; llegando el amanecer y con pocas fuerzas por el dolor de las heridas y los golpes de cañón, llegué hasta el que fue un día mi rancho, en el que viví una niñez con momentos felices. Allí encontré a mi hermano y a mi madre muertos, pues mi padre, demostrando toda la valentía y la fuerza ante los momentos finales, había postergado sus últimos minutos sabiendo que llegaría yo; lo encontré desangrado, pero con la cabeza en alto y la mirada firme frente a la muerte; le desaté las manos y le di un poco de agua; quiso hablar, pero le tapé la boca, ya no tenía aire en los pulmones; sin embargo, le escuché sus últimas palabras: ¡huye, huye! Me apretó la mano izquierda con toda la fuerza y lo sentí derrumbarse mientras se entregaba al infinito, sus últimos suspiros me daban a entender que el día que tanto temía había llegado; esta vez me quedaba solo, sin su ejemplo, sin sus palabras de aliento, sin sus consejos que enderezaban al árbol más torcido; me había enseñado a luchar hasta las últimas consecuencias y a no entregarse por nada del mundo a las injusticias, a caer y levantarse, a soñar sin inhibiciones, a terminar todo lo que había empezado sin importar los resultados.

Mientras yo le cerraba los ojos, él me entregaba a mí el mundo para que lo construyera y me construyera a mí mismo; se entregaba después de la lucha frente al universo y su totalidad, sabía del precio que se debe pagar para poner en alto la rudeza y la fuerza que debe soportar la propia voluntad para no decaer ante las circunstancias indomables; al cerrar sus ojos, se fundía con la naturaleza y no era más que átomo dispuesto a transformarse; habían cesado todos sus afanes de llegar a alguna parte; como el gavilán en busca de su presa, comprendía las fuerzas de la naturaleza, las más vitales, las que lo hacen enfrentarse cada día a tempranas horas ante la náusea que provoca pararse frente al caos de vivir y subsistir, porque los ejercicios del cuerpo son más crueles que los de la mente, aunque en ocasiones los dolores del alma sobrepasan los del cuerpo; el cuerpo resiste, pero el alma se derrumba; así me encontraba, no existía lógica ni sentido en esos momentos de caos, dolor, angustia; mi padre, por su parte, ya era libre de cualquier estructura o categoría; yo, por el contrario, tenía que seguir llevando todo ese peso en mis hombros, soportarlo con mis huesos, con mi voluntad. Me incorporé, dejé los cuerpos de mis seres queridos allí en el rancho, no tenía fuerzas para los protocolos que conlleva la muerte; así que, siguiendo el

consejo de mi padre, agarré una maleta y hui, hui a la ciudad, en busca de nuevos horizontes que le dieran tranquilidad a mi espíritu y sentido a mi existencia, que había sido golpeada, derrumbada, socavada, herida.

**-OIGO PASOS EN PLENO CENTRO DE LA
SOLEDAD-**

I

La cosa estaba jodida no solo en el campo sino también en la ciudad; el viejo Oscar, como le llamaba Abril, tenía que vender marihuana y bazuco en el barrio El Pilar, me lo contaba una tarde de verano frente al estadio Libertad, allí en esos asientos un poco duros, donde uno se sienta horas y horas a contar cuántos carros llegan a cargar combustible mientras a uno le pasa eso que le llaman la traba. Es que ella había aprendido a defenderse desde pequeña, pues su padre le decía: –Váyase por el lado derecho del andén y bien despacio; ojo hacia arriba, hacia abajo, antes de cruzar la calle- y, claro, lo conocía desde pequeña al Oscar, porque vendía justo diagonal a su casa en un parqueadero grande cubierto con costales verdes, allí, en seguida del taller de motos del Juancho; pues, eso era lo que me contaba ella. Yo le prestaba mucha atención, porque quería saber mucho de su vida y, sobre todo, porque me gustaba ver esas dos comillas que se le formaban cuando se reía y como esquivaba la mirada para disimular que me estaba viendo mientras me contaba.

Su padre era carretero y coterero en el mercado El Potrerillo; cuentan los que lo conocieron que era un hombre grande y que de un puño mataba a cualquiera, o no a cualquiera, a quien le sacara la piedra; que cuando Abril tenía cuatro años, él llegaba todo sudado del trabajo y la agarraba de la cintura y la zumbaba hacia arriba cuantas veces sea necesario, hasta que ella sentía un vértigo en el estómago y le decía: – Ya, papito, me estoy mareando. Un día sábado le había ido bien en el trabajo y le compró un vestido blanco con puntos rojos; ella, de una, se lo colocó y cada domingo lo lucía para ir a misa; aunque era mayor que su hermano, su padre la quería más, porque había develado todo el encanto y todo el sentimiento que había escondido durante años.

Él había conocido a Camila, su esposa, en el restaurante que queda cerca de la venta de carbón donde almuerzan la mayoría de cotereros; sí, allí les daban doble porción de arroz, sancocho y de sobremesa café con pan y queso; era el restaurante de doña Tulia, la tía de Abril, un poco mayor que su madre, a quien había contratado para que le ayudara a administrar el negocio; bastante clientela sí que tenían, es que con esa generosidad cualquiera; además: -El cansancio después de descargar dos mulas llenas de café debe ser tremendo- decía doña Tulia, mientras les servía otra porción de arroz; de lo que no se había dado cuenta es que estaba cuidando a su futuro cuñado, que no le quitaba de encima la mirada a Camila, pues había mirado en sus cachetes rosados y en su mirada dulce un cierto signo de fertilidad y, claro, en pocos meses enredó a Camila como Hegel enreda en su Introducción a la Estética, pero, bueno, eso qué importa; lo que importa es que don Francisco, el padre de Abril, quería trascender cuanto antes y dejar huella en su paso por la tierra y qué huella que dejó, pues creo que a usted, señor Juez, ya lo tengo que tener aburrido con mis charlas y con mi defensa.

Soy principiante y a veces tambaleo en la narración; el caso es que se casaron a escondidas, en octubre, en la iglesia de Santiago; al poco tiempo vendría Abril a alegrar aquella casa roja con blanco ubicada en el barrio el Pilar; claro, su padre la cuidaba mucho, no la dejaba que se junte con cuanto marihuanero andaba por allí, pero, como se pueden dar cuenta, el contexto es el contexto y nada que hacer; todo funcionó a la perfección hasta que, bueno, después le cuento; se me olvidaba de que muy temprano llegaría de nuevo la cigüeña y le

traería a aquel muchacho, que ahora pertenece a la tropa Sur del Deportivo Pasto, el hermano de Abril, Martín, que por cierto hace tiempo que no viene por acá.

Bueno, la cosa estaba dura en aquellos tiempos, me comentaba Abril, y que los primeros meses les había tocado vivir en una sola pieza en anticresis, con el dormitorio y la cocina allí junto, hasta que su padre logró construir la casa después de varios años de trabajo y de uno que otro negocito; es que, en este país, el que no vive del negocio o de la política está fregado, a menos que estudie, pero en esos tiempos con qué recursos, si solo les alcanzaba para la comida; trabajadores si eran; eso sí, para qué les cuento.

Bueno, todo iba bien, Abril, la niña juiciosa de la casa, su madre trabajando en el restaurante, Martín formando una que otra pelea en la escuela, hasta que un día su padre estaba parado en el umbral de la puerta que da a la calle, de repente plantó un carro Nissan en frente, se bajó un tipo encapuchado y pum, pum, dos balazos en la frente de don Francisco lo hicieron ir de bruces y hasta allí había llegado todo el cuidado de Abril. Ella cuenta que estaba muy pequeña, que a sus nueve años apenas recuerda que salió corriendo de la cocina cuando miró a su padre tirado en el piso, de espaldas, y la sangre corriendo por sus oídos; dice que su madre lloraba y lloraba y gritaba y que lo demás se ha borrado de su mente porque se encerró en su cuarto y no quiso saber de protocolos y tampoco fue al cementerio y que más nunca volvió a ponerse el vestido blanco con puntos rojos.

Que su padre, -me lo contaba esa tarde frente al estadio, había pertenecido al grupo que traficaba armas para grupos delincuenciales y que las encaletaban en medio de los bultos de café allá en el mercado y las llevaban en las carretas hasta la bodega y, luego, las entregaban una a una; aquella casa blanco con rojo había salido de todo ese esfuerzo y de todo ese riesgo; que lo único que le quedaba era haber aprendido a defenderse de aquellos manitos que la molestaban, a los que les respondía con su buena puteada; ¡ah!, y también a los policías, por quienes su padre le había inculcado un tremendo recelo, o más bien, desconfianza. Su madre, por su parte, como había quedado muy joven, pronto levantó novio, el que era su padrastro; que el único que la escuchaba con atención había sido su padre y que no había tenido quien la escuche a partir de ese momento, excepto Oscar y ahora yo, quien me había convertido en su más fiel servidor; es que uno, por amor, se vuelve bien bruto, para qué lo voy a negar; el caso es que Abril era bien rara, o sería por eso que le aconteció; yo creo que ni con todo el diccionario de psicoanálisis podríamos llegar al punto; en fin, por mi parte, lo único que me gustaba era observar ese par de comillas que se le formaban cuando se reía, cuando salía uno que otro chascarrillo en la narración, en su narración, porque mi historia, todo lo que les he contado hasta ahora, se la sabía de pe a pa.

II

Camila se la pasaba la mayoría del día en el restaurante, de modo que a Abril y su hermano les tocó defenderse solos en horas de la tarde; Abril salía del colegio a almorzar al restaurante de la tía Tulia y de allí se iba a encerrar a la casa a hacer las tareas, si es que había; de lo contrario se la pasaba horas y horas llorando la muerte de su padre; no entendía en realidad por qué si su padre era tan buena gente con ella, lo habían asesinado; es que la lógica del país no le cabía en la cabeza; sí, esa lógica del narcotráfico, del olvido, de la

desesperanza que un día a mí también me había tocado vivir. La verdad es que su madre también había quedado mal y no se podía borrar la escena de aquel día; sin embargo, había optado por conseguirse un novio o amante, como le quieran llamar; se había conseguido a Chucho, el que vende electrodomésticos de segunda en El Potrerillo, por la calle donde pasan los buses; es que un día pasábamos por allí con Abril comiendo BonIce y qué puteada que le metió; le dijo que no le quería ver más nunca la jeta y él le respondió: –Ni modo tienes que pasar por la otra calle.

El caso es que Chucho era un alcohólico que se aprovechó de la desesperanza de Camila y todos los sábados llegaba a la casa de Abril con flores para su madre; los primeros meses todo bien, todo bien, como diría “El Pibe”, le ayudaba en lo que podía y le regalaba camisetas de fútbol a Martín, del Chelsea, del Manchester, del Real, del Barça, del Parma, del Boca y el River Plate; un día llegó con una muñeca para Abril, pero ella apenas la recibió la tiró al piso; ella no era una niña como las otras, llena de sueños e ilusiones o la que podía pintar mariposas en el aire; ella era, en aquel tiempo, una niña de la guerra, del fracaso, del olor a sangre y muerte, como muchas en el país; quizá la falta de oportunidades lo habían llevado a su padre a la muerte, quien era un ser lleno de mucho amor, pero todo para Abril se había acabado desde aquel día que escuchó los dos disparos; aun así se pretende que haya paz en el país, donde todos sabemos que el movimiento de masas se hace a partir del miedo; de todos modos el narcotráfico de armas sigue existiendo y muchas otras formas de contrabando, porque el contrabando se va clonando, acaban con uno y salen dos, porque la necesidad y el deseo del ser humano es infinito.

No podía avivar la esperanza ni los sueños; Chucho, que luego se convertiría en su padrastro, llegaba todos los sábados ya no con flores ni con camisetas de fútbol sino borracho a tomar con sus amigos y Camila se aguantaba todo, dizque porque no tenía más alternativa; que si no era Chucho, que quién se iba a encargar de ellos; que si no seguía con él, que se mataba, pero antes mataba a todos; como querían que Abril sea la número uno del colegio, la que no le tire las cartas en las patas a los muchachos cuando pretendían conquistarla, como su mamá le paraba bolas más al Chucho que a sus propios hijos, Martín también andaba desde muy pequeño con los parceros del barrio, llegaba del colegio y a armar bandola, calles y más calles, hecho en la calle lo que era él; un día Abril le estaba tendiendo la cama y encontró debajo de la almohada un revólver y una papeleta de perica; cuando le iba a reclamar, él solo le respondió: –Esto tiene que salvarme de la muerte prematura, pelada, la calle es calle y perro come perro; nuestra bandola es de jóvenes habituados a jugar con la muerte en una sucesión de aventuras y si tiene un mancito que la moleste de más, ahí vamos y lo levantamos-; cabe recalcar que a mí no me levantó en ningún momento, porque el Zuta me había enseñado a pararme bien duro, a amagar con la izquierda y pegar con la derecha duro a los ojos o debajo de los oídos, allí sí que es fatal o, si se pierde el gancho de derecha reaccionar rápido con la izquierda y al estómago; si no me quiere creer, tantee no más la derecha, señor Juez.

Total que Abril ya no le hacía caso ni a su hermano ni a su madre; sin embargo, le gustaba ir al colegio para divertirse con las peladas; poco a poco fue saliendo del nihilismo en el que se encontraba y comenzó a acceder a una que otra invitación, sobre todo a jugar

básquet y a una que otra carrera de motos a las que Juancho la invitaba; después del colegio, se llevaba tardes enteras conversando con él, tanto que se había convertido en su amiga confidencial, sobre todo para que le comprara la cripa; obvio, le quedaba fácil, pues era amiga también del Oscar, el expendedor del barrio; también fue él quien le enseñó a fumar, pero solo Pielroja, nada de marihuana, hasta que un día sábado se encontró con su mejor amiga, María, y comenzaron a planear en cómo harían para probar un poco y, claro, como al otro día eran carreras en Chachagüí, allí sería la ocasión, dijo María. Doña Camila, por su parte, confiaba mucho en María, porque se habían criado desde pequeñas con Abril, así que estaban rodeadas del mismo contexto y suponía su madre que sabían cómo defenderse.

Era una mañana de domingo un poco fría, con el sol ocultándose entre las nubes del Valle de Atriz, Abril se despedía de su madre para abordar la RX-115 de Juancho; él la saludó con un beso bien grande en la mejilla, mientras emprendían el viaje hasta la casa de María; ella, por su parte, se arreglaba mientras acomodaba en su blue jean en el bolsillo pequeño una papeleta de marihuana; salió, saludó a Juancho y Abril con un golpe de puño en la mano, mientras esperaba a su novio que viniera a recogerla; después de 15 minutos, llegó el mancito montado en una Kawasaki 250, María abordó la nave y arrancaron como alma que lleva el diablo hacia Chachagüí. Mientras Juancho y su amigo se distraían mirando las carreras de motos en el cartódromo, María y Abril se dirigían a las piscinas con el pretexto de echarse un baño; de pronto, se sentaron debajo de un árbol grande en la cancha que queda frente al aeropuerto, allí comenzaron a desarmar un cigarro y a llenarlo de aquella droga depresiva; luego de cumplido el ritual, procedieron a prender aquel extraño cigarro; después de inhalar y exhalar aquel humo blanco durante unos cuantos minutos, comenzaron a relajarse y a reírse como locas; Abril, por su parte, se encontraba asustada de aquel efecto que la había mandado quien sabe dónde; el caso es que me contaba que no sabía si estaba aquí o en otro mundo, estaba como quien dice volando; María, mientras tanto, fijaba su mirada con detenimiento observando el aterrizaje de un avión Satena que llegaba a las 9:30 de la mañana, de quien sabe dónde; el caso es que el tiempo les pasaba lento y no sabían qué hacer con sus dos amigos y preferían venirse caminando hasta la ciudad para no verlos; la verdad, no se sentían en condiciones de relacionarse con nadie, solo disfrutar del momento; al fin tomaron una decisión, ir a la tienda para comprarse unas papas fritas y luego caer donde sus amigos, porque ¡qué hambre tan hija de puta!; en fin, llegaron donde sus amigos y disimularon totalmente, claro que hablaron mucho con ellos y averiguaron cuanto pudieron en lo que consistía las carreras de motos; ellos, por su parte, no sospecharon nada pues tenían la mente en otra parte; al caer la tarde regresaron a la ciudad, ellos con una experiencia más en carrera de motos, ellas con una experiencia nueva para su vida.

III

Abril soñaba nuevamente como cuando su padre la zumbaba al aire y la recogía entre sus brazos, María se había convertido en su mejor amiga y tarde a tarde y noche a noche se encontraban en el Parque Bolívar a leer poemas de Rimbaud; eso ocurrió un 25 de diciembre en que Abril no quería permanecer en la casa, aunque su madre le había

prometido torta y fiesta; ella no aceptó, no quería saber de protocolos, quería volver a soñar, tampoco iba a recibir regalos de su padrastro, sabía muy bien que desde la muerte de su padre aquel hogar se había destruido, por ello quería reconstruirse y no desesperarse ni lamentarse más; además, cumplía sus 15 años y había que celebrarlos de otra manera; para ello decidió romper la alcancía y comprarse una botella de Whisky e invitar a su amiga María para emborracharse y de esta forma inaugurar una nueva etapa de su vida; así que ese día salió temprano, se soltó el pelo, se colocó una camiseta negra con el logo de Pink Floyd, zapatos tenis y pantalones rotos. Me contaba que esa mañana estaba como para derribar sueños, que había que salir y tenía que ser así, bien agreste, que quería hacer deporte y que el mejor deporte para ella era caminar, que quería descansar sobre el pasto cuando cayera la noche y mirar las estrellas acompañada de su amiga y mil recuerdos, que no quería que se apague la vida, que desde ese momento la vida no estaría llena de tristezas, que quería cambiar el correr de las nubes, que comenzaría a llenar todas las páginas en blanco, que caminaría como un gato sin tejado, que no quería ser solo un cuadro en la pared, que no quería vivir más en una casa encantada, que ya no pensaba bajar más la guardia, que todos los días son de fiesta, que quería bailar sola hasta el amanecer, que llegara el champán y la hora de la verdad, que esperaba algún día hacer el amor en el balcón, que quería quedar en cueros y mandarle un beso al papa, que no había remordimientos, que se acabaron las palabras viejas, que el tiempo ya no estaba perdido, que se cambiaron los papeles, que todo es cuestión de un presente, que solo sabía que no sabía nada, que a la mierda la Filosofía, las matemáticas y la ciencia, que qué cuentos de vida digna ni de fe, que quería cruzarse la frontera o mejor quedarse parada en la línea, que estaba ansiosa de romper corazones, que quería prepararse porque sabía que yo oía pasos en pleno centro de la soledad, que dejaría el orgullo atrás por un instante, que no creía en el amor, que no quería estar más con los ojos empapados, que no quería hacer más café para su hermano, que no pensaba buscarme porque corría el riesgo de encontrarme, que los besos no tienen prisa, que de pronto viene la muerte y arrasa con todo, que no había nadie quien la azare porque había cumplido 15 años y desde ese momento sería una mujer.

IV

Abril había cambiado de planes para su vida, ahora ya no sería la muchacha tímida y en las tardes prefería salir con María a jugar básquet a la cancha del Parque Infantil; prefería salir a exhibir su jovial hermosura que quedarse lamentando la muerte de su padre; antes de empezar a jugar se fumaban un cigarro, debían hacerlo fuera del parque, justo en frente donde venden jugos, porque el vigilante de la cuadra no permitía ese mal ejemplo para las demás chicas que querían llevar una moral de impulso. Un día estaban jugando las dos solas cuando de pronto llegó Henry, un amigo de María de once grado, del colegio; Abril se daba cuenta que el haberse relacionado con María la llevaba a vivir nuevas cosas, nuevas aventuras, que para una chica de su edad estaban bien venidas, así que aquel día lo saludó con total disposición; él, por su parte, quería pasar desapercibido; luego de que María los presentó, se dispusieron a jugar un partido mientras que Henry se daba cuenta de que no estaba en mala compañía.

A la semana siguiente María se topó con Henry en el colegio y comenzaron a hablar mucho de música; él era amante del Metal, lo que lo hacía un chico interesante, decía Abril; a veces solían salir juntos del colegio rumbo a sus casas, sin embargo Henry no desaprovechaba la ocasión para invitar a Abril a escuchar un poco de Rock por las tardes, el Rock y el metal los tenía absorbidos; Henry era uno de esos que se visten siempre de negro, con chaqueta de cuero y con botas grandes de hebillas; para Abril, las tendencias del metal eran sendas de exploración que la conducían hacia la noche y a fumarse uno que otro porro; la cuestión aquí es que no había transcurrido ni un mes de conocidos cuando se besaron, la oscuridad era propicia para que él le acariciara sus senos; ella le retiró la mano, pero aun así hubiera preferido que el ritual continúe. La madre de Abril no estaba de acuerdo con esa relación un tanto oscura y tampoco le gustaba que se junte con María; sin embargo, Abril sabía que lo hacía por simple diversión y que la opinión de su madre era algo que no tenía sentido; lo que no contaba era con que Henry se enamorara de ella y, después de eso, me contaba que él todas las tardes la llamaba y la citaba a la cancha a jugar básquet; ella, por su parte, en ocasiones asistía y otras en las que todo este asunto carecía de importancia, pero, cómo no, había conocido a Luis Carlos, la otra noche en el Bar Leed Zeppelin, quien la cautivaba, no por su sabiduría en el rock y el metal, sino más bien porque encontraba en él un orden intelectual.

Luis Carlos era un amigo de Oscar y de María, quien ya graduado del colegio pensaba en seguir sus estudios de Ingeniería en la universidad; él no precisó el momento en que Abril le envió saludes con María y, además, lo había citado al Parque Infantil para contarle trivialidades; por aquellos días Luis Carlos no quería saber de mujeres y pasaba por un periodo de abstinencia, además que quería adelantar trámites para entrar cuanto antes a la academia; era todo lo contrario de Henry, quien estaba que se culeaba; Abril, por su parte, encontraba en Henry alguien con quien vivir aventuras en el Parque Infantil, alguien que le enseñaba cómo era la vida de los drogos, esos nómadas que caminan por las calles por diversos abismos, márgenes y rutas. Con Luis Carlos las citas eran en el Banco de la República, con quien se sentaba en las graderías a hablar de libros; ella se sentaba, atenta, mientras él le contaba y le explicaba algunas citas de “En las cimas de la Desesperación”⁵ de Emil Ciorán; luego proseguían a la biblioteca a mirar cuadros de arte y, finalmente, salían de allí con un poco de autores en la cabeza y sin nada de objetividad; Abril pensaba: –Otra cita y ni un beso-; ella encontraba en él a aquel hombre centrado que podría ser perfectamente padre de familia, de esos que llevan cumplido la remesa a la casa, de los que parece que no quiebran un huevo, pero quiebran el panal entero; quince días después, el tiempo y sobre todo el espacio les demostraron que no eran el uno para el otro.

Por su parte, Abril había decidido sostener la relación con Henry, aunque después de las caricias no habían llegado nunca al sexo; ella no quería ser una muchacha sola por esos tiempos y prefería que la mayoría de sus amigos evidenciaran que tenía novio; lo hacía como una especie de defensa ante los del barrio, que esperaban ansiosos una oportunidad o simplemente por moda; ella, por su parte, buscaba algo más trascendental y casi que Henry para ella no era más que un juego, era un pretexto firme para salir a pasear en las noches o una manera de escapar de sus circunstancias; era una línea de fuga o una manera de socavar

el muro y poder encontrar la libertad que la llevara a una autonomía frente a su madre y a su hermano.

V

Todas las mañanas Abril se levantaba con ánimos de ir al colegio; a pesar de todo, era una de las mejores estudiantes del 10-1, sobre todo para Química y Física, las materias que más le agradaban por esos tiempos, claro que las mezclaba con algo de Rock y Literatura; es que ella era una explosión completa: por un lado, estaba lo físico, el movimiento de sus caderas que se mezclaban con la dulzura de sus ojos y el ritmo de su corazón que se mezclaba con el sabor a sangre de sus besos; por otro lado, estaba lo sentimental, el sinsentido y la contradicción que llevan a la locura, la fertilidad de encontrarse en un laberinto sin salida; desde esos tiempos era cosa seria; los sábados y los domingos había decidido trabajar en el restaurante con su tía, para ganarse unos pesos que le sirvieran en los recreos y no tener que andarle mendigando a ningún chichipato que le gaste; a ella le gustaba aplicar bien los números y la Filosofía la tomaba por pura diversión; se decía entre sí: –pienso, luego existo-; qué pienso, luego existo; el lema mejor era: –gano dinero, luego existo o tengo plata, luego me voy de paseo-; lo importante para los del barrio era saber sumar, restar, multiplicar y dividir, con eso podía defenderse uno en la vida, por eso nadie pensaba leerse el Discurso del método, por eso nadie podía dirigirse en la vida, por eso nadie en este país sabía cómo tomar una decisión, menos en campañas políticas, donde se aplica el cuanto tienes, cuanto vales; esos eran los principios de la filosofía actual.

En las clases con el profesor de Filosofía, Abril se la pasaba copie y copie y copie pensamientos; eso era lo que les enseñaban, a copiar, a seguir, a formar, a no pensar; un día Abril, quien no respetaba a nadie y mucho menos al profesor con sus estudios de Filosofía, le dijo que si los seguía acostumbrando a copiar tendrían que seguir limpiando los inodoros que los altos directivos ensuciaban; que todo el pueblo de Colombia tenía que seguir tendiendo los manteles y sirviendo los tintos con las empanadas de pollo a cuanto encorbatado se aparezca; que si seguimos así estamos fregados y que la educación estaba hecha para ejercer cambios y nunca para trapear con ella, mucho menos con la dignidad de algunos pensadores. Lo único que le contestó el profe era que dizque la academia había que manejarla bajo estándares de calidad y que ciertas mentalidades decadentes había que adaptarlas al mercado global, que cada día persigue con más ansias la rentabilidad y la competencia; que la educación consistía en la total y absoluta sumisión. Al otro día el profesor encontró a Abril en el recreo y le dijo que tenía la razón, que él estaba harto de tanta lambonería para con el rector y con los directivos, porque a toda hora andaban vigilando y no se podía pasar con la frente en alto ante ellos, sino más bien sumiso, además de la migaja de sueldo que le pagaban y que un día de estos pensaba renunciar, aunque al otro lado lo espere el desempleo y la desesperación, pero que, igual, ya estaba acostumbrado a pasar varias temporadas en el infierno.

Por el contrario, la profesora de Física sí era respetada; para ella, nadie hacía un reproche con la cara de limón que se mandaba; uno no sabía si era por dictar o tener que hacer esos

dibujos de tiempo-espacio en el tablero o por falta de marido; el caso es que, al que se portaba mal, ella sí lo iba rajando; ella sabía perfectamente cómo llevar a la práctica la Hermenéutica del sujeto, donde los estudiantes eran unas marionetas a las cuales ella utilizaba como dispositivos de poder y de control; es decir, que ella hacía lo que tenía que hacer el profesor de Filosofía con su voluntad de poder; en fin, al fin de cuentas que ni buena estaba y entre los estudiantes habían sacado la conclusión de que por mala gente podría quedarse amargada, solterona y sin mozo; ni qué hablar de los profesores de Inglés y de Matemáticas, mejor prefiero callar. De quien Abril manifestaba buen agrado era del profe de Química, porque siempre, antes de comenzar la clase, les daba unas buenas lecciones de vida; a las mujeres, que no se dejen preñar tan rápido; que si quieren pasar todos los días teniendo sexo que se pongan una inyección o cualquier aparato para planificar; a los hombres, que cuando se casen procuren estar seguros de ese error que van a cometer, que no se vayan a casar con una zángana, y a las mujeres con un vagamundo; que no fumen mucha perica ni metan tanto bazuco ni marihuana, que eso les vuelve lento el coco y luego les da pereza estudiar; que procuren bañarse todos los días y hacer deporte al menos tres días a la semana, que tomen bastante agua y que disfruten tanto del agua como del aire, que disfruten del sol y de la lluvia, que no se queden pegados tanto en la televisión, el computador, menos en el celular, que eso los embrutece más de lo que están; que disfruten de una buena charla y de una buena lectura; que respeten a sus mayores o, mejor dicho, a todo mundo; que bailen y canten mucho, que los domingos no vayan a misa, que cuando no les guste algo que hablen, que era mejor hablar a tiempo que sufrir por eternidades, que quieran mucho a los animales, que adopten mascotas y que nunca compren; que lo único que se compra es el azúcar para el café y que un amor comprado dura lo que dura una traba; que no confíen ni en la sombra, que la única frase de Filosofía que se sabía era la de Nietzsche: “SÉ AMO Y ESCULTOR DE TI MISMO”⁶, que con eso era suficiente, que cuando peleen o luchen, que sea con alguien que esté a la altura; que el miedo no sirve para nada, hay que vencerlo y desecharlo; que ni el amor ni la amistad se mendiga; que todo lo anterior se resumía en que hagan lo que les dé la gana siempre y cuando no le hagan daño a nadie; eso no es todo, hay otras cosas que me guardo en mi caja de herramientas.

Abril me comentaba que esas eran las clases interesantes, donde se habla de la vida y donde se busca conectar el contexto con la teoría; que lo demás era materia inerte que solo duraba unas pocas horas en la cabeza y se esfumaba; ahora es cuando me doy cuenta cuán difícil es el trabajo del profesor para saber llegar y no caer en la monotonía, donde todo se reduce a una simple materia de estudio. Después de tantas vivencias y romances, aquella mujer encantadora, Diosa del Olimpo, estaba preparada para recibir su grado de bachiller; que los últimos días de clases se emborracharon todos los días y, por motivos de rutina había terminado con Henry, quien estaba muy rayado; que el profesor de Filosofía había renunciado y que ella se sentía culpable, a lo que yo le hubiera respondido que cada quien es dueño de su propio infierno, o que no se preocupara, que por allí debe estar bien fresco tomándose unas amargas.

VI

Ella recordaba las charlas con Oscar, en las que fumándose un porro le decía: Pelada, no vayas a caer en el delito y pórtate bien con tu mamá y tu hermano; además, valóralos mucho y quiérelos, porque vos sabes que en este mundo nada es eterno; eran evidentes estas palabras, mientras yo contemplaba una lágrima que le corría por su mejilla y le mojaba los labios; en verdad, cuando presenciaba estas escenas se me hacía un nudo en la garganta; pues claro que no era la única vez que la había visto llorar; ella expresaba con melancolía que el Oscar, como le decía, había sido un amigo incondicional y quien la había ayudado a centrarse un poco y no decaer después de la muerte de su padre; que en varias ocasiones evitó que se retire del colegio y siempre le dio ánimos diciéndole que era la mejor y que los demás solo tenían cerebro de pollo; no podíamos negar que aquel amigo era una baja importante para su vida. Pero, cómo fue de bruto, decía Abril; si yo tanto le dije que cambie de trabajo o mínimo cambie el lugar donde expendía drogas y que tarde o temprano lo iban a pillar con esa entradera y salidera de gente; tan, pero tan congestionado que era eso, tanto así que parecía El tigre de la Rebaja y a Oscar poco le faltaba que contrate un vigilante que se pare en la puerta a pedir factura de la compra; es que antes, en nuestro medio, era raro el que metía; ahora es raro el que no mete, el que no se deja absorber entero por el Sistema.

Aquella mañana de Sábado, cuenta que se encontraba durmiendo el mejor sueño, ese de las 6:00 de la mañana; de pronto oyó y se despertó por el sonido de unas sirenas de la policía; en unos minutos María la llamaba desde la calle, ella se asomó por la ventana mientras le escuchaba: ¡Mataron al Oscar! ¡Mataron al Oscar! Abril quedó confundida, con la mente en blanco, mientras observaba el rostro pálido de María; se tiró en la cama y quedó inmóvil por el lapso de cinco minutos; luego, se colocó una sudadera y bajó corriendo, abrió paso entre la multitud hasta que miro el cuerpo tirado en el baño, en bóxer y semidesnudo; al parecer, contaban los vecinos, los sicarios entraron por detrás del parqueadero y el plan era enfrentarlo lo más indefenso posible; la mayoría sospechaba el porqué de su muerte; sin embargo, nadie se atrevió a decir nada ante la Fiscalía. Abril colaboró con todos los preparativos del funeral, mientras se enfrentaba ante el sinsentido que causa la misma muerte, todos los jóvenes del barrio se prepararon con música ranchera y salsa, bebieron etílico y fumaron durante los días de velorio; no permitieron en absoluto que se llevaran el cuerpo a una sala de velación, porque preferían la libertad que causa el velar el féretro en la casa de habitación, donde ponían la música que querían y lloraban y charlaban de lo sucedido; donde compartían estos momentos de pena y olvido.

Aquella tarde de domingo, todos los amigos de Oscar, conocidos y vecinos, se disponían a llevar el cuerpo al cementerio Cristo Rey; todos invadidos de una resaca, la más dura de los tiempos y acompañada de cerveza y música norteña, colocaban a todo volumen en una 4.5 el tema “La cruz de Marihuana”⁷, porque el difunto se movía en esos caminos donde no existe ni Dios ni Ley; iban en una caravana de motos, al frente todas de dos tiempos y atrás los carros que, entre todos, ocupaban medio kilómetro de la vía; Abril, en medio de la confusión, no se sentía muy triste, porque el Oscar les había dicho que no se entristecieran de su muerte; al contrario, que la celebren porque la vida era solo una ruleta; que en el

negocio que él se había metido, olía a pura carne quemada y que por nada del mundo ella se vaya a meter en esas vueltas; siempre hay un pelo en la sopa y una culebra en la mafia. Abril, después de ese acontecimiento, comenzaba a ver la vida desde otras perspectivas y quería principalmente comenzar a crear nuevas posibilidades; no negaba que esta muerte le había movido por completo su plano de inmanencia.

VII

Ahora trabajaba tiempo completo, junto con su madre, en el restaurante de la tía Tulia; no le quedaba mucho tiempo para reunirse con María a jugar básquet o disfrutar de una que otra charla; se daba cuenta que su vida se estaba convirtiendo en una completa rutina; además, que no le interesaban los coqueteos de los trabajadores del mercado; en las noches, se dedicaba a leer a Sábato y Borges y a apuntar una que otra cita que la inquietaba, comprendía que la lectura la llevaba a otros mundos para buscar la libertad que no encontraba en su lugar de trabajo, mucho menos en su casa; un día martes en la tarde, al salir del trabajo con una amiga, leyó una nota pegada en la ventana de una casa que decía: “SE ARRIENDA PIEZA PARA SEÑORITA”; pensó y le expresó a su amiga que eso era justo lo que necesitaba, sí, lograr independencia; al día siguiente se detuvo para hablar con la dueña y acordar precios; como era evidente, en la semana siguiente se trasladaría a ese lugar; ya no quería escuchar la cantaleta de su madre ni tampoco soportar la fumadera de su hermano y mucho menos las borracheras de su padrastro. Esa misma noche le informó a su madre que se iba de la casa; ella se puso a llorar como loca; sin embargo, comprendía que las cosas marchaban mal y las relaciones en esa casa no eran las mejores, sobre todo por los alegatos de Abril y su padrastro cada fin de semana.

Arregló las pocas cosas que le pertenecían, la cama y el armario era lo más difícil de llevar y también los recuerdos que se objetivaban en las miles de cosas pegadas en la pared; aun así, la decisión estaba tomada y no había vuelta de hoja; le aseguró a su madre que la visitaría a como dé lugar un día a la semana y, en cuanto a Martín, que lo quería mucho a pesar de lo drogo que era; María la ayudaba a instalar en su nueva morada, mientras le daba fuerzas con sus palabras para que afrontara lo que venía; ahora era el comienzo de responsabilizarse de su propia vida y de saber tomar bien las decisiones; esta vez no tenía ni horario ni fecha en el calendario; en las noches, salía a caminar sola; se daba cuenta que cualquier movimiento que genere cambios en la vida es un acto revolucionario; por aquellos días se habían alejado de las drogas y el licor; comprendía que el ser humano inteligente es aquel que afronta la vida de la manera más consciente posible o aquel que alcanza el grado más alto de conciencia; aquél que disfruta y se embriaga con el aire y con el agua, ese es el verdadero hombre dionisiaco.

Cada domingo visitaba a su madre y la invitaba a comer helados mientras charlaban de su nueva forma de vida; Abril manifestaba que el hecho de ser independiente le ayudaba a enfocarse mejor en el horizonte; que en ocasiones era mejor vivir así, sin ataduras y sin los consejos de los otros, para uno mismo darse cuenta qué es lo que quiere en la vida; su madre se daba cuenta de que el hecho de independizarse la había llevado a mirar la vida desde un punto de vista más positivo; le recordaba a su hija cómo había sido su vida de dura en el campo hasta que salió a la ciudad y conoció a su padre; que en la vida hay

ocasiones en las que todo se torna del color más claro posible, pero que hay momentos en los que la oscuridad toma su partida y baraja las cartas de otra manera; que por ello hay que disfrutar de los momentos buenos cuando se dan y que hay que prepararse también para los momentos malos; en verdad, doña Camila, desde que le mataron a su esposo, no había querido hablar del asunto porque no quería remover los sentimientos más hondos de Abril, por eso ahora, que ya era independiente, pensó que era la mejor ocasión de comentarle cómo había sido su romance y que, a pesar de todo lo que ocurrió, no había dejado nunca de amarlo hasta este último momento.

Decía que ella había viajado desde su pueblo para trabajar con su hermana en el restaurante y que por aquellos tiempos era una mujer muy joven y que en la ciudad le llovían pretendientes, unos buenos, malos, pobres, adinerados, feos, bonitos, y su padre, quien era diferente a todos los anteriores; es decir, que no clasificaba en ninguno de esos rangos, todo por su manera de ser un poco humilde, honesta y descuidada; cuenta que trabajaba en El Potrerillo y que a ella no se le había pasado por la mente enamorarse de él; sin embargo, con tanto detalle y algo de indiferencia la fue conquistando; también, con una que otra carta que le enviaba o le pasaba, sin que su hermana se diera cuenta, al despedirse después de almorzar; tampoco se le había pasado por la mente que aquel muchacho sencillo era un poco curioso, un poco loco, que le encantaba la música de Sabina y Serrat, la cual se alejaba a pasos agigantados de aquella música popular que escuchaban los demás chicos; además, que le había regalado casi todos los álbumes de estos dos autores y que la canción que más le gustaba de Sabina es “Quién se ha robado el mes de Abril”⁸ y “No hago otra cosa que pensar en ti”⁹ a dúo con Serrat; de allí que surgió el nombre de ponerle Abril a su primera hija; además de la canción, era el mes en que se habían dado el primer beso. Por allí tengo uno que otro poema escrito por él, le comentaba a Abril; ella, sin dar tregua, le pidió a su madre que le indicara una de sus letras; ella correspondió a la petición; luego de buscarlo entre los cajones de los nocheros, al fin encontró uno y se dispuso a leerlo:

REBOSE

Con el susurro del viento

Mi memoria se trastoca,

Se convierte en sentimiento,

Se desborda como roca.

Tu pasión es desbordante

Como el susurro del viento,

Como controlar ese instante

En el que siento y no siento.

Después de otras cuantas narraciones de su madre, Abril se daba cuenta que era un poco difícil encontrar a un hombre con características similares a las de su padre.

VIII

Estaba caducando el tiempo de estadía en el restaurante de su tía; Abril se daba cuenta que ahora necesitaba de más ingresos, así que un día le pidió permiso a su patrona para recorrer la ciudad en busca de un nuevo y mejor trabajo; un amigo de María le había recomendado un lugar donde recibían hojas de vida, así que se dirigió al lugar: era un restaurante ubicado en las afueras de la ciudad con un letrero grande al frente que decía –RANCHO VIEJO-; que preguntara por Rogelio Pataquiva, el dueño, y que actúe de la forma más natural posible. Ella, siguiendo todos estos protocolos, entró y se encontró de primera mano a la cajera, una señorita alta, mona y de ojos azules, quien le dijo: ¡A la orden, señorita! ¿En qué le podemos colaborar?; Abril le respondió: ¡Buenas tardes! Me informaron que estaban recibiendo hojas de vida y vengo en busca de don Rogelio Pataquiva. -Él no se encuentra en estos momentos respondió su interlocutora, pero, si gusta, espere un momento para que hable con el administrador. Ella, sin más ni más, aceptó la propuesta y se sentó en una de las mesas, mientras esperaba y observaba el funcionamiento de aquel restaurante. Después de una media hora, bajó un señor de mediana estatura, con gafas, bléiser de paño, camisa y zapatos bien lustrados; Abril por un momento, pensó que era el dueño; sin embargo, se presentó y le preguntó: ¿Tú eres la muchacha que me está esperando? Sí, respondió ella; mucho gusto, Abril. Él, por su parte: Mucho gusto, Germán; soy el administrador de RANCHO VIEJO, sigue por acá. Ella siguió a aquel hombre con un poco de desconfianza por la forma como le dirigía la mirada; pasaron por varios pasillos hasta que llegaron a su oficina: Toma asiento, ¿en qué te podemos colaborar? Abril acentuó, con una voz un poco nerviosa: Me contaron que estaban ofreciendo trabajo, así que traje mi hoja de vida por si de pronto; nada más, que me habían recomendado hablar con el dueño, don Rogelio. El administrador, con seguridad, contestó: Él, por el momento, no se encuentra, pero no hay ningún problema, yo me encargo de contratar el personal.

Después de tanta cortesía y presentación, Abril se despidió con una sonrisa amable de aquel hombre, quien, mientras tanto, quedaba cautivado con su mirada y con sus caderas que se asemejaban al tamaño del universo; él pensó en voz baja: Esto es precisamente lo que necesitamos en la empresa, tanto para Rogelio como para mí. No dudó en observar la hoja de vida y en colocarla donde se colocan las más opcionadas. Después de cuatro días, Abril estaba en su casa; de repente, escuchó el timbre y subió corriendo las gradas para contestar el celular, que sonaba impertinentemente; sin duda, era Germán, quien amablemente la saludaba y le concretaba una cita en el restaurante.

Al día siguiente, ella se colocó el mejor vestido para asistir a la cita y ponía toda su fe para que las cosas salieran tal como las había planeado; agarró una mototaxi muy de prisa y llegó al lugar tal como estaba previsto; cuando entró, estaban en una mesa don Rogelio y su

administrador esperándola; ella los saludó amablemente mientras le ofrecían asiento. Le tocó mamarse una hora de charla con don Rogelio, quien le averiguaba que dónde vivía, de dónde era, que hacía, que si estudiaba o no, si tenía novio; en fin, hasta de qué se iba a morir; es que don Rogelio a veces como que se pasaba, me contaba a mí Abril; al fin y al cabo, todo esto había servido de algo, porque después de unos instantes don Rogelio le ordenaba al administrador que le entregue los uniformes, porque al día siguiente comenzaba la inducción.

Esa noche, Abril fue a la casa de su madre a comentarle sobre su nuevo trabajo y también para que le diera unas tácticas de buen comportamiento para pasar la inducción; doña Camila le recomendaba que se porte muy juiciosa y que por nada del mundo vaya a llegar de guayabo, y que sea bien puntual, así como ella se lo había enseñado; también, que no se vaya a dejar engatusar fácilmente de los clientes y que por nada del mundo vaya a meterse en enredos con el patrón; después de recibir la bendición, se dirigió a su casa a descansar para el próximo día estar con fuerzas ante lo que le esperaba. Ese día se levantó muy temprano y llegó 15 minutos antes de lo acordado, ingresó al restaurante; allí la recibió una mesera, quien le hizo la inducción, la condujo al vestuario, luego le enseñó cada uno de los estamentos del lugar y todo el protocolo de atención al cliente; luego de dos horas de teoría vendría la práctica y todo el azare de los empleados más experimentados; durante veinte días aguantó ese ritmo, para al fin recibir la respuesta de que estaba contratada y que gozaría de un nuevo trabajo, de nuevos amigos y una experiencia más de vida.

-DEAMBULAR NÓMADA-

I

Mi boca sabía a sangre, mi aliento a sufrimiento, mis pasos eran tambaleantes al salir de la montaña, no conocía el camino que me llevaría a la ciudad; después de haber dejado a mis seres queridos muertos, solo me quedaba el camino sin camino, el olvido sin olvido y la espera sin esperanza; aun así, había preparado una maleta para el viaje, con unas pocas cosas para sobrevivir; tenía entendido que la ciudad estaba muy lejos y que, a como dé lugar, debía llegar hasta ella. Al amanecer había llegado hasta un río turbulento; recuerdo que mi padre algún día lo nombró en sus largas expediciones, cuando salíamos de pesca; era la hora de aplicar las enseñanzas para sobreponerse ante la naturaleza, así que ese día decidí quedarme hasta medio día a orillas del río, mientras preparaba algo de comer; solo llevaba dos kilos de arroz y un paquete de fideos, lo que consideraba que alcanzaba para dos días aproximadamente; mis manos temblaban de miedo, junto con mi pensamiento; aun no me encontraba en condiciones de enfrentar la realidad; al pensar que estaba a salvo, me tiré debajo de una sombra e intenté dormir, pero el sueño se esfumaba y no encontraba en ningún lugar su morada. El río, la soledad, el caos, la espera sin esperanza, solo con una convicción, el no morir de hambre, el sobreponerme ante la fuerza de la naturaleza y fijar con ella un convenio de amistad; después de no lograr dormir, como cuando uno estudia, que no siente ni hambre ni sueño, decidí arreglar una caña de juco para probar suerte en la pesca; después de varios intentos, logré coger dos peces que me sirvieron para el almuerzo y la cena; luego de descansar y almorzar, decidí continuar el camino e intentar salir a alguna vía para conseguir transporte; era un trabajo agonizante el trepar las montañas e ir abriendo camino; pensaba en lo difícil que era forjar un camino propio y no seguir los mismos recorridos; al caer el atardecer, acampé en lo alto de la sierra, desde donde podía observar a lo lejos la vía panamericana.

Allí, cuando me encontraba lejos de la civilización, no sentía pasar las horas ni los días; los días eran una total paciencia y sobriedad, solo el contacto con la naturaleza lo es; te das cuenta que la naturaleza te proporciona lo que necesitas y no andas con los afanes del reloj; esos días son los que me convirtieron en lo que soy, los que me hicieron cada vez más fuerte en compañía de mis ancestros, donde no vale una letra pulida ni una gramática bien acentuada, sino defenderse ante los peligros del camino incierto y principalmente ante lo inesperado, porque eso es la vida, lo inesperado, el riesgo de afrontar cada día y buscar tu alimento para poder subsistir; aun así, mi pensamiento se centraba en salir de la montaña en busca de nuevas posibilidades; al amanecer, con el corazón inquieto, que no cesa de romper las adversidades en medio de las alturas, me disponía a caminar hasta llegar a la panamericana a como dé lugar; eso sí, con los sentidos bien despiertos para no caer, porque un descuido y para abajo ¡al abismo! Había centrado la mente en encontrar la ayuda y la fuerza de las divinidades: —oh musa, Atenea, ayúdame a encontrar el camino y el alimento tanto para mi cuerpo como para mi espíritu, dame la fuerza para estar presto al ataque y no sucumbir en alta mar, como algún día le brindaste tu sabiduría a aquel habitante de Ítaca; que mi barca llegue a buen puerto y que con quienes me reúna o quien camine a mi lado demuestren estar prestos a la ayuda y principalmente sean unos buenos combatientes ante la vida y la desesperación-. No puedo negar que me llegaban momentos de alucinación; sin embargo, paso a paso me acercaba a mi objetivo. El día vino claro y con una visibilidad

profunda; resistía a como dé lugar el empinadísimo camino, sin una queja; empezaba a acercarme cada vez más a la vía con la mente casi en blanco, porque el sudor lo opacaba todo; de repente y sin pensar coroné la última cima y logré mi objetivo; regresaba la hora de la espera mientras tomaba un poco de líquido; miré a la distancia un bus que se acercaba y le puse la mano; como era evidente, fallé en el intento, de tal modo que decidí continuar el camino hacia el norte; luego de varios kilómetros, pasaron dos buses más y nada; al fin pasó una alma caritativa, era un señor de unos 57 años, quien me expresó: –Súbete atrás en la carga, te llevaré hasta la próxima población-. Salté y me recosté de un solo tirón sobre los bultos de papa que llevaba aquel hombre; pensaba en que al amanecer solo éramos unas víctimas mientras que al caer la noche somos unos sobrevivientes; caía la tarde y llegamos hasta una población; el señor me preguntó que para dónde iba yo; le contesté que sin rumbo fijo; al escuchar eso quedó apesadumbrado y me pidió el favor de que me bajara del carro; obedecí sin dar tregua y caí al piso, agradeciendo al señor su amabilidad.

Comprendía que había llegado a un lugar de paso, porque precisamente estaba desierto y solo lo llenaban las tractomulas y los camiones que paraban allí; era solo una calle llena de restaurantes y puestos de cafeterías; había caminado ya dos días y sabía que de ahora en adelante tenía que enfrentarme al mundo que se presentaba ante la mirada; sentía menos frío y menos miedo; con el piso más sólido y más parejo, se aclaraba un poco el rumbo y me sentía con más seguridad para sobreponerme ante lo que me esperaba. Moví la cabeza y miré al cielo mientras caminaba por medio de los automotores; no encontraba a ningún conocido y todo olía a ACPM, caucho y gasolina; el hambre había comenzado a dar sus manifestaciones, así que era hora de montar la estrategia para conseguir alimento; no había caso, debía perder la vergüenza y pedir algo de comida; así lo hice; después de unos minutos, me encontraba en frente de una ala de pollo, arroz, un poco de sancocho y jugo para acompañar; evidentemente, la muchacha que acompañaba a aquel chofer no podría con todo ese almuerzo; al fin y al cabo como que nadie me oyó, nadie me vio, nadie dijo nada, es que aquí estamos en Colombia; pero aquí estoy con usted, señor Juez, con los alientos necesarios para contar más historias. Claro que uno no se olvida de tantas peripecias; al continuar el camino, me dolían las piernas y ya no estaba mi madre para que me hiciera baños con agua tibia; decidí continuar, cuando, a lo lejos, miré a una señorita queriendo aflojar unos pernos; se había pinchado; al llegar hasta allí, la saludé y me ofrecí a ayudarle; es que yo no sabía mucho de carros; mas, sin embargo, subsistencia es subsistencia, era una muchacha alta y delgada con un olor a flores; les juro que tenía una cara de enfermera jefe o de bacterióloga o una vaina de esas; el caso es que me tocó meterme debajo del carro, sacar la llanta de repuesto, mientras ella prendía un cigarro para aflojar el estrés; mientras le cambiaba la llanta, manifestaba que debía llegar a la ciudad antes de las 7:00 pm, noticia que para mí era bien recibida, puesto que llevaba el mismo rumbo. Al terminar mi odisea, ella me preguntó, hacia donde me dirigía, que podría llevarme; yo sin vacilar, le hubiera dicho: -Hacia donde usted vaya-, pero el momento ni la situación lo ameritaba, así que me comporté lo más cortés posible y le manifesté que iba a la ciudad; ella se sorprendió y dijo que aún estábamos muy lejos y que a pie era imposible llegar; yo le hubiera podido sustentar, con las letras de Fito Páez, que “me gusta estar al lado del camino, fumando el humo mientras todo pasa, me gusta abrir los ojos y estar vivo, tener que vérmelas con la resaca, entonces navegar se hace preciso en barcos que se

estrellen en la nada, vivir atormentado de sentido creo que esta sí es la parte más pesada, en tiempos donde nadie escucha a nadie, en tiempos donde todos contra todos, en tiempos egoístas y mezquinos, en tiempos donde siempre estamos solos”¹⁰... Tampoco era el momento adecuado, así que decidí contarle mi historia; mientras ella conducía con rapidez y me acercaba cada vez más a la ciudad, escuchaba mi relato con atención, aunque a veces parecía que no creía nada de lo que yo le decía; al caer la noche pude mirar a lo lejos las lucecitas titilantes de la ciudad; ella, con el dedo índice, me dijo: –Esa es la ciudad de Pasto; allí encontrará muchas oportunidades-. No le contesté nada, porque sentía un nudo en la garganta enorme; aceleró rápido su automóvil hasta que llegamos a la entrada de la ciudad; allí detuvo su coche, me regaló veinte mil pesos y me deseó buena suerte; me bajé, muy agradecido, y observé cómo se perdía en medio de la multitud de vehículos, mientras la noche me daba la bienvenida a la Ciudad Sorpresa.

II

Sin entender nada comencé a caminar; miraba como aquellos postes ubicados en el centro de la vía cambiaban de color y de repente los automóviles se detenían como si estuviesen recibiendo una orden; caminaba solo por una acera, porque tenía miedo de cruzar la calle y de que un carro de esos me dejara con el estómago vacío; además, no quería tener problemas con nadie; necesitaba descansar, dormir, soñar, necesitaba la voz de una pelada que me proporcionara el abrigo que tanto me hacía falta; llegué hasta un parque y asenté la maleta en una banca, me recosté pensando en quizá encontrar a aquella señorita que me trajo para que me ayudara a ubicarme en la ciudad, porque en realidad estaba noqueado; no sabía ni por dónde es puerta. Se me acercó un tipo con un costal al hombro, díjeme pidiéndome monedas; yo le dije: –Disculpe, señor, pero solo tengo para subsistir-. Mirándome un poco inquieto, decidió seguir su camino sin oponer resistencia; me asusté de aquel acto, así que decidí seguir caminando por una avenida separada por un río de por medio; pasaba por una calle llena de bares y cantinas y escuchaba desde el sótano de una de ellas una canción melancólica del Ruiseñor de América, que decía: “caminar y caminar, ya comienza a oscurecer y la tarde se va ocultando, amorcito que en camino va, amorcito que perdió su nido sin hallar abrigo en el vendaval”.¹¹ Podría tomarme una cerveza, pensaba, pero primero estaba la comida y no podía arruinar los veinte mil pesos que me regaló esa joven mujer. La ciudad era extraña ante mis ojos, sobre todo por la cantidad de perros que se ubicaban en frente de la venta de comidas para conseguir algo; por un momento me sentí como uno de ellos, solitario, con frío, con hambre y sin rumbo fijo, solo con el camino lleno de azares, de destinos cruzados y sentires entremezclados.

Me detuve en una caseta de comidas rápidas y pedí algo de comer; me daba cuenta que de ahora en adelante las cosas serían a otro precio, que debía defenderme como rata del desierto; le pregunté a la señora que me atendió que en qué lugar de la ciudad me ubicaba; ella me respondió que allí estaba cerca de la Terminal de transportes, será porque de pronto me miró con la maleta, pero yo estaba de llegada no de salida; sin embargo, le pedí el favor que me indicara por dónde; ella, indicando, dijo: –Dos cuadras más arriba gira a la izquierda, allí se encuentra con dos parqueaderos grandes de buses, justo en frente mirará un letrero iluminado de luces que dice Terminal de Transportes de Pasto-. Me despedí, muy

agradecido; mientras caminaba siguiendo las pautas que ella me dio, degustaba de paso unas papas fritas con un jugo Hit, mientras un perro caminaba al lado mío esperando alguna ración. La noche revelaba algunas manifestaciones de lluvia, así que decidí quedarme en la Terminal, por si acaso; observaba la multitud de personas con su afán de llegar a alguna parte y cómo los choferes vociferaban su destino como si estuvieran en una competencia de destinos, de rutas, de viajes, de gente.

Me senté en la sala de espera mientras miraba la alocución del Presidente de la República por la tele: hablaba de paz, de equidad, educación, y de justicia social; también, de la reparación de víctimas del conflicto, como si eso fuera un chiste, o una broma pesada que le tocó vivir en sus 8 años de mandato, o como si viviéramos en el país de las maravillas, donde con una varita mágica se soluciona todo; al escuchar tantas güevonadas, después de un rato me había quedado dormido del cansancio; al despertar, ya no estaba frente al televisor ese ser humano o, como diría Cioran, esa “pieza de discordia cósmica o ese depredador que se cree lleno de cualidades bondadosas”.¹² Sentí que la Terminal era un lugar seguro para pasar la noche o mínimo para abordar esos instantes de profunda sensación y confusión, donde la razón solo puede entenderse como profunda experiencia o como algo vivido.

Al caer el amanecer, no pude pegar el ojo, porque ¡qué frío tan puerco!; rondaban por mi cabeza las palabras de Edgar, un amigo del pueblo que hacía dos años estaba por la ciudad, quien me advirtió: –Donde te encuentres por Pasto, me buscas; también, indicó el lugar donde trabajaba y yo, como tenía muy mala memoria, nada que me acordaba; solo recuerdo que era un lugar donde le cambiaban aceite a los carros; amaneció, debía ponerme en movimiento, era un nuevo día de lucha; había planeado una estrategia, preguntarle a los choferes donde queda ese lugar donde cambiaban aceite; solo recordaba que comenzaba con la letra M y que era el nombre de un señor, don Macario, o don Matías, o Marcial, Melchor, Manuel, Miguel, Menandro, etc. Así lo hice: le pregunté a tres choferes, quienes no me dieron razón alguna; la cuarta sería la vencida, cuando le pronuncié a aquel señor el nombre Menandro, Don Menandro: Lo tengo, dijo, es don Medardo, “Servicentro Don Medardo”; cuando escuché eso, me volvió el alma al cuerpo y le rogué al señor que me diera la dirección; me dijo: –Frente al Estadio-. Salí corriendo, aplicando el dicho preguntando se llega a Roma, volví a caer a la misma avenida que recorrí la noche anterior; allí pregunté que dónde quedaba el estadio y una señora me contestó: -Siga derecho-. Después de media hora de camino llegué al estadio; jamás había visto unas graderías tan grandes; después de tanto preguntar, finalmente llegue hasta el Servicentro Don Medardo; allí estaba un hombre canoso debajo de un carro, a quien le pregunté por Edgar Castro; me respondió que ya no trabajaba allí, que estaba trabajando en la estación de gasolina llamada Falcon y que quedaba a pocas cuadras de allí; las esperanzas vislumbraban un rayo tenue, que me acompañaba en medio del camino. Salí de allí hasta que llegué a la estación de Servicio; nuevamente pregunté por Edgar; el muchacho que me atendió me dijo que él tenía turno en la noche, de 6:00 de la tarde hasta las 8:00 de la mañana. Sin dudar, no me quedaba más remedio que esperar, así que decidí recorrer toda la tarde la ciudad; en la noche volvería al sitio donde me encontraba.

En la noche, apunté y le di al blanco; Edgar se encontraba en la estación, lo reconocí a lo lejos por su forma de caminar y su postura con la mano siempre en la cintura; cuando me acerqué un poco más, no me reconoció, hasta que lo llamé a lo lejos: –Edgar, Edgar, soy Samuel, tu amigo de Chaguarpamba; al verme, dejó de atender su trabajo y corrió para saludarme con un abrazo y un apretón de manos fuerte: –¿Y eso, Samuel, que te trae por acá? Espérame un momento y me cuentas todo. Caía la noche mientras lo esperaba sentado en la zona donde descansan los empleados; después de desocuparse y que hubiera poco movimiento me atendió y le conté toda la historia trágica por la que había tenido que pasar días atrás; él, con un tono melancólico, se ofreció a ayudarme; esa noche dormí en los cárcamos esperando a que Edgar termine su turno. Caminamos hasta el lugar donde estaba arrendando, por la Avenida Las Américas; allí pude descansar a gusto, bañarme, cumplir las necesidades y cambiar un poco la manera de pensar; en la tarde, salimos a caminar mientras buscábamos alternativas de subsistencia; mientras conseguía trabajo, viviría con Edgar; esta molestia duro muy poco tiempo, a los quince días de llegado a la ciudad conseguí trabajo en un Lavadero de Autos y me radicaba a vivir en un barrio cerca a Los Dos Puentes; por nada del mundo podía olvidar la gran ayuda de Edgar, ese bastón que le sirve a uno para no andar a tientas en la ciudad y no ser devorado por uno que otro caníbal.

III

Me acostumbraba fácilmente a la rutina de la ciudad, al trabajo, a andar siempre con dinero para donde vaya; días en los que me llenaba de melancolía, otros de fortaleza, así era la vida; había caído en el trago: todas las tardes, al terminar de lavar el último carro, me sentaba a tomar cerveza con el Zuta; además de ser compañero de trabajo, vivía cerca del barrio; un día le conté que la noche anterior me habían atracado dos mancos llegando a la casa; entonces, me propuso que me metiera a la “Tropa Sur”, que allí aprendería a pelear para no sufrir más de atracos; él fue el primero que me enseñó a pelear aquel día que lo observé cómo derribaba de un trancazo al grandulón del barrio, quien le gritaba groserías a su novia; eso sí, de un puño debajo de la mandíbula lo dejó quieto; ni más la molestó el manco. No sé si recuerda, señor juez, que él fue el que me enseñó a usar la derecha, a amagar con la izquierda y ponerla donde más duele, justo en la torre; es que una vez me tocó practicar a la salida de un partido, nos enfrentamos con los del Deportivo Cali, no pensábamos dejárnosla montar; así que a enfrentar, así le tiemblen las piernas, pero para atrás ni pa’ coger impulso; eso lo había aprendido en el pueblo, a no mostrar miedo, porque peor; aun así, no me achilé y le di a uno que le decían el Churos; cuando lo tenía en el piso, le dije que íbamos a quedar Campeones, mientras otro me ponía la rodilla en el costado izquierdo; de una me quedé sin aire, allí fue cuando comencé a endurecer y tenía que enfrentar, así que saqué la derecha y de una a los ojos; cuando quedó un poco ciego, me le zumbé encima y dele una mano de golpes que hasta ahora me acuerdo el dolor de las muñecas al otro día; la cosa se estaba poniendo cada vez más difícil, porque eran como cinco; el Zuta se defendía contra tres cuando sonó la Sirena de la Policía y echamos a correr; cada vez que se enfrentaba nuestro equipo con los verdes, nos metíamos en problemas, pero de algo ha servido, porque de tres años que viví en el barrio nadie me volvió a atracar; es más, todo mundo me respetaba, así que podía llegar a cualquier hora de la noche y no había problema; al final, me llevaba bien con los pelados.

El Zuta decía que cuando uno peleaba no había nada que entender, solo actuar; que uno vivía el momento y se dejaba llevar por todo lo que lleva dentro, por toda la rabia que se acumula en la sangre y que sale a flote por los puños, por los poros cuando sudas y, sobre todo, que no hay tiempo para el análisis ni la meditación, porque si uno se para a analizar donde pegar el golpe, llega otro y lo deja viendo luces y escupiendo sangre; por eso, mi amigo siempre decía que los profundos ejercicios del pensamiento podían echar a perder muchas cosas, sobre todo en la vida cotidiana, porque el pensamiento lo aleja a uno del estar en el presente; la vida, para él, era un poco más visceral; más o menos, como ir montado en una montaña rusa; para él, la vida había que enfrentarla con nuevos retos, con juegos extremos donde uno se salga del cauce en donde está la gente normal. Cada mañana, antes de comenzar a lavar el primer carro, se fumaba un porro y a mí siempre me dejaba la pata; ahí se carburaba un poco para aguantar el frío de las 7:00 de la mañana, porque la ciudad a esa hora era cosa seria y uno tenía que tener bien el pulmón para no resfriarse. Sin lugar a dudas, había encontrado, más que a un amigo, a un compañero para lidiar en las batallas que nos da la vida; cada día se lo afrontaba con la mayor positividad posible para no caer en desahogo al llegar la tarde; noche a noche, tomándonos una que otra cerveza buscábamos nuevas alternativas para enfrentar el futuro, buscando posibilidades en medio de la imposibilidad; a ninguno de los dos le agradaba mucho la idea de quedarse allí, quieto en ese mismo trabajo; había que moverse, crear ruptura, líneas de fuga, alejarse de ese círculo vicioso, de ese eterno retorno circular y buscar uno que sea espiral, que nos lleve a nuevos caminos, nuevas vivencias y, lo más importante, a construirnos a nosotros mismos.

Existían momentos en los que me sentía muy solitario, como un animal nocturno que sale a altas horas a buscar sentido a su vida; eso ocurría, sobre todo, los viernes, cuando al salir del trabajo me compraba un Pielroja y meditaba y meditaba sobre mi existencia y la de tantos seres; también, me llegaba la hora de los recuerdos, entonces soplabla duro y hacia arriba para que se esfumaran; me sentía fatal y, como no existía el amor de nadie, me tocaba defenderme a puñetazos o coger el mundo a golpes si era posible; llegaba a mi lugar de guarida, me echaba un baño y salía a la calle, otro Pielroja y me enfilaba a caminar por la Avenida Colombia; ese lugar me trae bonitos recuerdos, que más allá les contaré; lo que más me gustaba era parar en una tienda cualquiera y tomarme una cerveza o dos, de paso mirar a los transeúntes que pasaban con prisa para llegar a algún destino o a los conductores desesperados, que pitaban para que les rinda en el trancón; no comprendía el ritmo de la ciudad, tanto afán, tanto apuro y, sobre todo, la cantidad de decibeles que uno tenía que aguantarse, el desorden; para mí la ciudad era una locura y, de paso, un entretejido muy amplio de conocimiento; de hecho, en el poco tiempo que llevaba ya había aprendido mis cositas, sobre todo a no quedarme para nada encerrado, a salir, a no encerrarme en las ideas, porque cuando uno se encierra en una idea se vuelve dogmático y eso no aguanta, habiendo tanto para ver en la calle y en el mundo; además, que el encerrarse causa parálisis y ser parálítico de pensamiento es pasarle una mala jugada a la inteligencia y a la vida.

IV

Todas las ideas, las posibilidades ante mi convulsionado cerebro al salir del trabajo, llegar a casa tras recorrer las calles, paradas en los semáforos, miradas a los perros enfermos y

hambrientos como la humanidad, camino bajo la llovizna sanjuanina, enfrente al mal tiempo, me doy en la cabeza, me paro en una esquina, enciendo un cigarro; camino rápido por el andén, salto los charcos, zigzagueo por en medio de las personas, doy paso a algunas mujeres para que no dañen su cabello recién planchado, las observo, me deleito, 33 minutos, 2549 pasos, saco la llave, abro la puerta, saludo, entro y me tiro a la cama, solitario, pensativo, sin futuro, busco alternativas, una solución, ¡La tengo!, ESTUDIAR. Esa noche había tomado la decisión de estudiar, sabía que el solo hecho de pensarlo ya era bueno; así lo hice, necesitaba buenas palabras para expresarme ante la humanidad, nuevas maneras de proceder, de manifestarme; todo por una sola razón, porque me sentía fuera de la sociedad, del Estado Nación y ya no quería hacer parte de los abandonados; por el contrario, quería hacer parte de los centros de control donde se producen diversas formas de subjetividad, donde se influencia el modo de pensar y el modo de ser de los individuos; ya no quería enfrentarme ante una vida desnuda y debía comenzarla a vestir con apariencias.

Así fue; después de año y medio de rutina, entré a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Nariño, mucha dedicación, mucho estrés y mucho trabajo; estudiaba en las noches, trabajaba en las tardes y asistía a clases en las mañanas; recuerdo que era una tarde de viernes, de esas donde uno comienza a sentir todo el peso de la semana, el peso de los días, de las noches, de las madrugadas y de los baños con agua fría; sí, era una de esas tardes cuando al salir del trabajo decidí tomarme una cerveza y asistir a lo impensado, lo impredecible de sus ojos, de la vida. Mucha hambre, mucho caos en la ciudad; caminaba con mi maleta de vagabundo, de repente miré a lo lejos, en plena avenida, un letrero grande con lucecitas como de Navidad, me acerqué un poco más y leí “RANCHO VIEJO” Restaurante; me dirigí hacia ese lugar sin pensar, sin regatear precios, me senté solitario; de pronto, se dirigió hacia mí una señorita con un movimiento de caderas a lo Proyecto Uno, dos, tres, yo sé que a mí me gustó, me gustó; ella me decía con la mirada: yo sé que te gustó, te gustó; estábamos conectados, no por el Whatsapp ni por el Facebook, pero estábamos conectados; además, para qué, si esas son cosas que carecen de importancia, porque el amor se hace en acción, con hechos, con momentos, caricias, besos, cosquillas, palabras que suenan y se entremezclan con el viento a ritmo de tambor. – ¡Buenas noches! Bienvenido a Rancho Viejo, ¿En qué le podemos servir?- Lo dijo con una voz suave y algo melancólica; de inmediato respondí: – ¡Buenas noches! La carta, por favor. -Después que la vi alejarse, me di cuenta que llegó como un rayo que te deja estaqueado en la mitad del patio o, mejor dicho, que era una escena al estilo Cortázar; era la primera chica que clavaba su mirada en mí y que con sus ojos provocaba una emoción de la más alta graduación alcohólica; se acercó nuevamente después de unos minutos y le pedí una cena normal, para no entrar en tanto protocolo. No nos quitábamos la mirada de encima, acompasados; primero ella, luego yo, mientras en mi mente cantaba: “qué bonito, qué bonito, qué bonito, qué bonito sería qué tú me quisieras, qué bonito, qué bonito, qué bonito, qué bonito te daría mi vida entera”.¹³ Después de tantos años, volvía a sentir ese frío que me traspasaba desde los pies hasta lo más profundo de las vísceras; tenía la certeza de haber sentido lo que sentí esa mañana en el recreo de la escuela; en fin, al pararme de la silla, había pronosticado que tenía que volver a ese restaurante.

Después de salir del lugar, era inevitable no pensar en ella; con su cuerpo y su voz había desplazado todos los trabajos de Universidad, las preocupaciones del trabajo y quizá los planes del fin de semana; quería volver a verla, en vez de escudriñar la biblioteca del Banco de la República; -pero, bueno, pensaba-, si es que debía leer tanto, entonces que sirviera para algo; entonces, al día siguiente elaboré una lista de lecturas útiles, entre las cuales prioricé, entre otros:

- ✓ El Arte de Amar (Ovidio).
- ✓ Diario de un Seductor (Soren Kierkegard).
- ✓ El amor, las mujeres y la muerte (Schopenhauer).
- ✓ Sótanos (Andrés Torres Guerrero).
- ✓ La Tregua (Mario Benedetti).
- ✓ El Lobo Estepario (Herman Hesse)

Solo se me ocurría en rodearme de buenas referencias bibliográficas para poder establecer una buena relación interpersonal con ella; además, porque, después de todo, su cuerpo me invitaba a vivir una existencia extremadamente literaria. Comencé a leer todo el fin de semana; el lunes en la tarde volví al Rancho Viejo, me atendió otra empleada. Ella no estaba; comí algo y me retiré de prisa, todo quedaba a expensas del azar, a que en algún momento las circunstancias nos volvieran a unir. Semana de trabajo y rutina hasta el Jueves, en que el Zuta me contó que había peleado con la novia; nos salimos de los cánones establecidos y nos fuimos a tomar unas cervezas: él me contaba todo, detalle a detalle, mientras yo le decía que todo ese puta problema tendría que llevarlo a negociación, como en La Habana, o a una mesa de diálogo; él me respondía que era duro reconciliarse; yo, por el contrario, le argumentaba que más duro era casarse; ahora, por lo pronto, era tomar una medida; la única idea que se me vino a la cabeza era un cese al fuego bilateral. En cuanto a mi caso, había decidido una tregua.

V

El tiempo va desencadenando los sucesos, tiempo justiciero que aparece en cualquier esquina, como la muerte puede estar a la vuelta; en la ciudad, en la selva de cemento todo tiene su precio; sentía que para adaptarse desde el campo a la ciudad, hay que sufrir una especie de metamorfosis; para poder seguir la marcha y encontrarse un poco más seguro, había que sentirse despiadado y librarse de moralina, porque a nadie le importa la suerte de nadie, porque nadie puede encontrarse en mis ojos como en sus ojos; reconocía que mi grado de pesimismo me invadía hasta la médula; solo había una razón, la pérdida de vista de esa mujer me podría llevar a la locura; lo que cura la locura es la razón y, junto con ella, un buen baño de agua fría; el fundamento lógico, buscarla a como dé lugar y expresarle mis sentimientos, toda la carga emocional con que la vida sueña.

Domingo en horas de la tarde era imposible un desencuentro; en la mañana me levanté temprano, repitiendo las frases: “ayer me dijo un ave que volara, por donde no hay ardor... Que sea un guerrero de sangre, para que nadie te haga daño...ayer me dijo un ave que volara hasta desintegrarme... Que abrace el miedo con tus sueños...”¹⁴ Ese era el día, el único día de enfrentar mis miedos, de no dejar nada para mañana, de decirle que de ahora

en adelante volaríamos juntos en mi nube voladora, nube de humo, de abecedario, de amor, de abandono, de academia, de acuerdo, de adicción, de agradecimiento, de aguante, de ajuste, de alegría; de bacante, balada, bachiller, bajada, baraja, billete, broma, brujería, burdel, brevedad, belleza; cadencia, calendario, campeón, campamento, canción, carta, celos, ceremonia, cierre, clímax; de chamanismo, champán, chanchullo, chance, chispa, charlatanería, chuchería, chorro; decadencia, deambular, debilidad, decisión, declarar, defender, demostrar, deprimir, desbordar, desatinar, desear, descubrir, dialogar, disertar, diseñar; de enfermedad, empezar, eludir, embaucar, embutir, enderezar, espermatozoide, enseñar, entender, estudiar, escapar, escribir, escupir; de fabricar, facilitar, fatalidad, fenecer, figurar, fluir, fugarse, fundar, de felicidad, de futuro, de fusilar; de guerra, guía, guacamayo, guerrilla, guitarra, gusto, gravedad y gemido; de hueco, hambre, hechizo, hermosura, hierba, horario, hospedaje, humanismo, huella; de inteligencia, incomodidad, inalterable, idealista, ilícito, idolatría, incendio, infarto, infelicidad, inhumano, inservible, insulto, introducción, intriga, invento, izquierda; de jaula, juzgado, juventud, jugada, juramento, justicia, juicio, jornada; de kilo, kilómetro, Kierkegard, Kant y Kafka; de laberinto, librería, lugar, lealtad, lenguaje, liberación, línea, lubricación, lotería, locomoción, luz; de llegada, llave, lluvia, llanto, llanura; de mamacita, madurez, maestro, maldición, maleante, manada, mañana, máquina, maza, mecánico, método, minoría, ministro, misión, música, mutuo; de náusea, nunca, narcótico, necesidad, nómada, nostalgia, número, nudo, nuevo, negativo; de ñero comiendo ñame; de obra, oasis, objetivo, ojo, ofensa, operativo, opresor, orgullo, orientación, oración, ovulación, organización, ortodoxo, oxígeno, oxígeno, oxígeno para poder proseguir, pintando, puntos, programando, paisajes, pasajes, piruetas, poetas, pandillas, parálisis, pendientes, personajes, placeres, pobreza, posiciones, palabras, palabras, que quieren, querer, quimeras, que queman, quedan, quejan, quitan, que quieren, racionalizar, rallar, radiar, raptar, reaccionar, recibir, reconciliar, reducir, redactar, regalar, rechazar, rectificar, recorrer, recortar, refugiar, relatar, repasar, resistir, retirarse a sus silencios, sueños, sacramentos, sacrificios, sermones, sectores, semáforos, senderos, servidumbres, signos, siguientes, simétricos, simultáneos, sintéticos y sinceros; de tabaco, táctica, tacones, tardes, tambores, tempestades, teatro, tema, tiempo, tertulia, torcido, traición, trama, traje, trance, transitar, triste, triunfar; de ubicar, ungir, urgente, utópico, usura, urbano, universidad, único; de vibrar, vivir, variar, vacilar, veloz, volar, viajar, vestir, vigilar, visitar, voraz, votar, vicio y vomitar whisky, whisky con xenofobia, xilografía y Ximena; yo comiendo yuca, prendiendo yesca y dándole en la yugular a un yanqui por haberme heredado el yugo; al final, zafarme de esta zalamería, zarzuela, zumbido, zozobra, zambullida, meterme en el zaguán como un zorro. Suponía que con este poco de palabras tendría algo de qué hablar cuando la tenga en frente o mínimo saber cómo utilizar el lenguaje para no caer en faltas gramaticales ante su presencia; de una u otra forma, tenía mi herramienta fundamental, la palabra, la lengua en toda su expresión.

Antes de salir al mediodía con las pilas puestas, preparé jugo de banano en leche, con pedazos de pan y palabras disueltas sobre un papel; lo primero lo disolvió el cuerpo, lo segundo la cabeza o ¿el corazón? No lo sé, el caso es que salió, surgió, más o menos así:

AUSENCIA EN MOVIMIENTO

La ausencia es el soplo de vida de los sueños,
Como el sentimiento es el soplo de las palabras,
Que se lleva el viento sin llegar a su fin,
El sueño no tiene fin ante tu presencia,
Trastocada de silencio que es inspiración,
Que se convierte en palabras que surgen de la nada,
Pensamientos desde mi silencio hasta tu silencio,
Movimiento interno del cosmos en nuestros cuerpos,
Trastocados por la palabra escrita que ya no es silencio,
Es causa y acontecimiento, salto en el vacío de la espera,
Amanecer y noche de luna estrellada,
Expresión de los sueños lanzados como flechas
Hacia un despertar ante tu presencia.

Recordaba el poema que le había escrito un día a Juliana, aquel que me tocó esconder después del recreo, porque el profesor entró a clase; ese era un poema más crudo, un poema de adolescencia y de los muchos que se tiran en las canecas de la basura; este, por el contrario, no era de despedida; era de intento, de causa, de posibilidad; era un poco un poema lanzado al azar, al caos.

Me fui a pie hasta el Rancho Viejo; sabía que no existe el camino y que a veces uno tampoco lo hace, simplemente a veces se dan las cosas y a veces no; uno no sabe lo que le espera, por eso siempre me situaba en una dialéctica entre lo posible y lo imposible; lo posible es la tesis, lo imposible la antítesis. No, ambas son posibilidades, realmente estoy confundido porque ambas son tesis y síntesis a la vez; lo único que queda claro de este proceso dialéctico que es la vida, es que la antítesis de los dos es provocar acontecimientos; no sé, moverse, hacer algo, pararse, leer, escribir, reír, soñar, actuar, hacer algo para que ocurra algo y saber si es posible o imposible, aunque la mayoría de la gente dice que nada es imposible; pues bien, ese día había decidido hacer algo simple y complicado a la vez, la antítesis clara entre mis pensamientos, dirigirme hacia ella y entregarle un poema.

Ni una dosis de licor, ni ninguna droga ni nada por el estilo que me diera impulso para hacer lo que tenía que hacer; poco a poco me fui acercando más y más al lugar de mis

objetivos, decidí entrar sin meterle tanta mente a eso, sin tomar los consejos de nadie; solo me dejaba llevar por lo que uno siente y piensa en el momento; debía darle fin y comienzo a nuestra historia. Para que usted no se aburra, señor juez, para que se deleite con los sucesos y, por fin, me dé la sentencia adecuada, porque, se lo aseguro, no tengo mucho afán de salir y, al fin de cuentas, no tengo nada que perder. Entré, saludé amablemente al señor de seguridad, me abrí paso por en medio de la gente con una actitud demoledora y con un coraje como el del atravesado, de Andrés Caicedo; difícil olvidarse de ese personaje que dice: “No se puede ser pesimista cuando uno se ha metido a aventurero”.¹⁵ Bien, allí estaba ella con su cabello negro azabache, como dice la canción; allí yo estaba con mi mirada firme, listo para crear avalanchas; se dirigió hacia mí y me atendió como a un cliente cualquiera, me pasó la carta, me saludó cortésmente y se retiró; cinco minutos después volvió y le pedí un almuerzo corriente, aunque mejor le hubiera pedido que se quedara; estaba muy ocupada, había mucha clientela, mucho estrés para un día domingo; otra señorita me sirvió el almuerzo, actué sin cautela, le pedí el favor de que entregara el poema a su compañera; ella aceptó y sonrió muy amablemente. No entiendo cómo yo, un ser tirado en el caos, en el vértigo del tiempo, quería ser el centro de atracción de sus ojos en medio de tanta gente. Así fue por un momento; cuando ella recibió el poema y me dirigió la mirada, me sentí dueño del universo. Almorcé con total tranquilidad, dejando que mis papilas gustativas hagan bien todo el proceso; así fue; cuando terminé, se dirigió silenciosa hacia mí; dejándome una nota, se retiró; después de diez minutos, salí del restaurante con una sonrisa en mis labios.

VI

Después de todo, había aprendido a coger con más tranquilidad la vida, los sucesos, los amores, los problemas; todo había sido por la muerte de mis padres, porque todo es un río que nos lleva a ese océano infinito que es la muerte; entonces, ¿para qué desesperarse?; ante la desesperanza, es mejor la fluidez del agua; en fin, había decidido cogerla suave. El miércoles tenía que llegar hasta el Teatro Imperial, le consulté a Zuta si me podía acompañar; me respondió que no, que tenía que ir a Bomboná a comprar un atrapasueños para hacer de buenas a su novia, que bastante problema en que se le había convertido; para colmo, se la llevaba tomando cerveza todos los días y yo tenía que prestarle para los regalos de ella, pero, bueno, valía la pena, porque él se había convertido casi que en mi familia y en aquel que en ocasiones ayudaba a invocar las palabras para que no se ahuyenten como torcazas y no me dejaran solo frente al papel.

Ella se deslizaba en medio de estas páginas, yo camino hacia ella como por un territorio hacia lo mágico; llegué al Teatro, había un concierto de Blues; me puse cómodo; por allí debían estar esos ojos que me embriagan, enloquecen, matan, todo mundo de pie, emocionado con la música, saltando y haciendo de sus ideas un enjambre; eso era lo de menos, lo importante era acoplarme, reivindicarme de toda esta emancipación. Sentí, de repente, que una mano tocó mi hombro. Era ella; actuamos como si hacía tiempo nos hubiéramos conocido, como si el universo tendía una línea entre su mirada y la mía; de inmediato, me paré y le ofrecí asiento; ella me saludó con un beso en la mejilla, me saludó: -¡Hola! Mucho gusto, Abril-. Yo, después de respirar hondo al escuchar ese nombre, le

contesté: – ¡Hola! Mucho gusto, Samuel, Samuel Gómez-. Me perdí en sus ojos, bastaba con solo mirarlos para afrontar todas las hazañas en alta mar, para quizá llegar a pensar que estaba comandando una tripulación que no se deja encantar por el canto de las sirenas; era un efecto como volver a despertar de un narcótico; salimos del teatro, porque necesitábamos sentirnos cómodos para hablar; caminamos por la calle 15 hasta llegar a Bomboná. Me pidió que la acompañase, que necesitaba comprarse unos cigarros JET, que el único lugar que los conseguía era por allá; de paso, nos fuimos conociendo poco a poco; así, sin apariencias, sin esconder nada y sin pedir nada a nadie, porque los dos sabíamos que a ninguno nos llegaba la plata por debajo de la puerta; compartimos un cigarro; mientras ella hablaba, yo me concentraba en el humo que salía de su boca, en los detalles de su vida, en su soledad, que encajaba con la mía como en un engranaje de motores; me contaba lo difícil que era o había sido la vida para ella en la ciudad; sin duda, necesitaba desahogarse de todos sus contratiempos emocionales; desde el primer día, me di cuenta que encontraba en mí un amigo clandestino. Frente a todo, Abril se había revelado; creo que era una forma de protesta ante toda la intoxicación de la capital y yo le explicaba que, como buen estudiante de las humanidades, era mi deber escuchar a la gente y con mucha más atención a ella; esa noche me ametrallaba con sus palabras, con sus lágrimas, esa noche había encontrado una compañera para mi deambular nómada, una compañera con quien derrochar la vida, compañera del camino, para comprometerse con la revolución; a pesar de no pertenecer a ninguna empresa, ni a ningún empleo bien remunerado, ni a ninguna atadura con el Estado, podíamos juntos crear los acontecimientos que sean necesarios para cambiar la estructura, nuestra estructura, para cambiar incluso la manera de pensar.

Desde ese momento nos habíamos dado a la tarea de ablandar nuestros días, de caminar despacio y sin apuros, a pesar de que ella manejaba el estrés de su trabajo y yo el de mis estudios; después de ese encuentro, nuevamente cada mañana nos topábamos con nuestras rutinas, con la misma tristeza de quizá no volvernos a encontrar, porque esa noche no hubo tiempo de pedirnos los números; seguramente, teníamos la confianza tanto el uno como el otro de volvernos a encontrar, sabiendo que todo, absolutamente todo está en movimiento y que tiende a transformarse para que algún día pudiera apretar su dedo meñique y sentir su corazón.

Evidentemente, tres semanas después nos volvimos a ver; sin embargo, se me alejaba la posibilidad de conquistarla; seguramente, estaba empleando mucho tiempo en trámites, en conversaciones inútiles, no existían cambios de nada; cada día las cosas seguían siendo las mismas, ella salía con otros hombres y yo, muy triste, me sentía como un perdedor; para colmo, aceptaba tímidamente mi destino y el papel de amigo que ella me asignaba; era tiempo de horadar el muro, de causar ruptura, de no aceptar las cosas como un toro acepta su yugo, de no sumergirme en el triste reflejo de mi esperanza, que había perdido años atrás.

En el viaje que realicé a otra ciudad por cuestiones universitarias, había reflexionado todas esas cosas; no cabe duda que de ahora en adelante debía aprender de la calle, donde no existe molde ni estructura, donde se vive cada instante como si fuera el último, donde la vida es un juego y donde se dejan a un lado los motivos que te hacen llorar; debía confiar

nuevamente en mi lápiz para palpar su corazón; de esa forma, cuando le escribo es como si la estuviera mirando, es como si mis manos realizaran un rito de salvación para el futuro que me exime de su presencia; cuando regresé a la ciudad, la busqué nuevamente en el Rancho Viejo y nos dimos cita en el Estadio Libertad; allí leí lo que había escrito en mi libro de apuntes; ella confesó más cosas sobre su vida, yo le di un beso. Me brindó una copa de Whisky y la invité un poco de mi humo, de mis palabras. En ese momento, sin precisar caía en sus manos; cuando llegué a mi habitación, me zumbé en la cama y, mirando hacia el cielo raso, me daba cuenta de que estaba enamorado y que había tomado el camino sin regreso.

VII

Nos mirábamos casi todos los días, nos embriagábamos de amor, de alcohol, de nicotina, de calle, de humo, de luces; nuestros corazones bailaban al ritmo de una sola nota, todo era un solo paisaje con siluetas semidesnudas y nuestros cuerpos eran ríos sedientos de mar, de océano, de locura. Guardábamos todas las noches, en nuestras maletas de caminantes, los susurros de la luna; cada noche nacían nuevas direcciones en forma de círculos, de triángulos, andar por la Avenida Colombia, subir a Santiago, bajar a la Avenida Los Estudiantes, coger la Panamericana y aterrizar en la Terminal, sentarse en el Estadio, invadir de humo el Valle de Atriz, vagar por solo placer, como artificio de juego; para nosotros, las calles estaban vivas, llenas de gente amablemente recelosa. Poco a poco caíamos en el amor, a ritmo de Rock and roll. Yo era, para ella, el loco, el diablo pervertido, el que le hace perder todos los sentidos; ella era, para mí, la que me enseñaba a vivir lo que nunca había vivido; en últimas, el amor para nosotros era como el consumo de drogas, una arma de dos filos, vida y muerte, remedio y veneno; sin duda, habíamos caído en esa adicción; lo mejor del asunto es que los dos aceptábamos la idea de vivir o morir juntos, ambos teníamos bien afinada nuestra sensibilidad.

Después de un tiempo de caminar juntos por las calles, de encuentros y desencuentros, citas y más citas, besos y más besos, habíamos decidido vivir juntos. Hasta ese momento, yo era solo un clandestino; después, me tocó dar la cara: la parte más dura era con su hermano, quien se las picaba de braverero, de vengador, de cuchillero, de atravesado; sin embargo, a mí no me jaló ni una sola estocada; es que me lo fui ganando poco a poco con una que otra charla y uno que otro peche. Les comento, señores del tribunal, que hasta ahora viene a visitarme, porque él sí ha creído en mi testimonio; además, conocía bien a su hermana y sabía perfectamente los alcances que ella tenía; sería un buen testigo para obtener mi libertad, cosa que ya no me interesa, pues yo les comento esto con un solo propósito, el de curarme a mí mismo; por otro lado, estaba su madre, quien era una mujer muy pacífica y solo le bastaba con que se la deje vivir con su nuevo amante; para ella, Abril era casi que un cero a la izquierda, por eso ella deambulaba de brazo conmigo, se embriagaba, fumaba, caía y se retorció con la locura de un sedante maléfico; más que mi amante, era mi compañera; los dos aprendimos de un mundo lleno de locura, de alegría, que terminó en anochecer.

Esa noche, antes de llegar a nuestro nicho, caminábamos cerca del estadio, comenzaba a caer una llovizna que mojó nuestros rostros y también nuestros corazones; mientras yo fumaba, ella se tomaba unas copas de Whisky y me murmuraba al oído que quería hacer lo

que nunca había hecho; sin embargo, yo no podía medir sus alcances: comenzó a desnudarse y a cantar a la lluvia, ¡Bendita llovizna! Eres singular, única, semejante al bálsamo que refresca mi cuerpo cuando estoy casi sin aliento; entonces, me desnudo y siento en mi órgano más grande y más complejo, que es mi piel, como si el mismo Dios me diera un masaje celestial que alivia mi cuerpo, mi alma y mi espíritu tiritita de Felicidad. Lluvia bella, armoniosa, fina, semejante a una trémula y un poco tímida Lady pastusa, sanjuanina; no te rechazo, porque hay gente que no disfruta de ti, antes sienten fastidio. Yo, en cambio, te amo y te tomo, porque eres vida eterna; me mimas como cuando mi mamá me acunaba en su regazo en los albores de mi vida; millones de gotitas de agua atomizada, descarga todo el poder sobre este valle fértil sin par, muestra de la bondad y el amor puro de Dios para la tierra; llovizna sanjuanina, eres bella, semejante a una flor que tiritita, símil de la pastusa bella y tímida sanjuanina. Sin lugar a dudas, ella era como la lluvia, se mezclaba con la lluvia, su sangre se mezclaba con el Whisky y con la lluvia, sus besos se mezclaban con sangre, sus palabras corrían como sangre y se internaban en mi cuerpo, me estremecían; jugaba con un puñal entre sus manos, mientras me brindaba una copa más de Whisky: deslizaba el arma por sus partes más íntimas; mientras observaba el ritual, había quedado atrapado en su locura, en sus movimientos, en sus besos; cuando se alejó de mí, no precisé el momento en que se enterró el puñal, cayó al suelo y su sangre se mezclaba con lluvia, soledad y olvido.

Sentí una confusión terrible al salir de la estabilidad en la cual se cree existir; todo, a partir de ese momento, fue caos; era evidente, pues todo no marchaba perfectamente, desconcierto absoluto al enfrentar estas trágicas circunstancias; me precipité al centro de la calle y paré un taxi; inmediatamente, la tomé entre mis brazos y le di instrucciones al chofer para que vaya rápido al hospital; entramos por sala de urgencias, la subieron a la camilla; iba a su lado, mientras me decía agonizante: -¡VIVE DE VERDAD! Si te anclas en el pasado, no es válido; total, ya pasó, se fue; el futuro, si Dios te lo permite, puedes diseñarlo y garantizarlo; precisa y optimiza todo, verás el resultado. ¡Pruébalo! Vive intensamente, mas sé cuidadoso, ¡ES YA!-. Después de media hora, el médico de turno me decía que no quedaba ni una esperanza; así fue como se fue perdiendo mi firme voluntad; inesperadamente, me sentí confundido. Salí corriendo de ese lugar, la lluvia tenue me daba nuevamente la bienvenida a la calle; no quería saber nada de los protocolos que conlleva la muerte; a las ocho de la mañana, estaba tirado en la calle, hundido en una soledad que te vuelve loco.

-BANDOLERO-

I

Hoy vivo en entredicho, he llegado a tener el status de malo. ¿Qué es lo bueno? ¿Qué es lo malo? Lo que para unas culturas es bueno o malo, para otras no lo es; no es con buenos modales como conquistas un nicho en la calle de la selva de cemento. Si debes hacer algo para subsistir, hazlo, por favor; las acciones te darán la certeza de que estás vivo en ese espacio llamado libertad, dentro de lo que uno cree, pero es difícil porque debes estar peleando con la muerte. No he vuelto al lugar donde vivía con Abril; supongo que me andan buscando por cielo y tierra; decidí vivir cerca de unas ladrilleras al pie de la cárcel, un lugar donde se reunían muchos indigentes a “quemar”; no era fácil sobrevivir en ese lugar, a diario me enfrentaba con la muerte; varias ocasiones en las que llegaba a buscar abrigo, me decían: ¡De aquí no sales! Y el que estaba más pepo, sacaba un cuchillo; yo hacía lo que sea para librarme de sus lances, porque, después de todo, yo era un tipo muy calmado y pacífico. No puedo negarlo, lo único que me hacía vivir el instante, sobrevivir al caos y librarme del pasado, era el vicio; un día fui a cargarme de vicio a una olla que quedaba cerca de allí; de pronto, salió un man y me atacó con unos ladrillos; sin pensar, al darle la espalda me pegó una puñalada; allí fue cuando me le emputé y le dije: ¡Yo si te enseño a dar puñaladas! Así fue, nos enfrentamos sin límites; al finalizar, tres estocadas; me tocó aguantar y caminar muy despacio, para que el sangrado sea leve; me sentía roto, decidí vendarme con la camisa; caí sobre el asfalto, hasta que una ambulancia de los Bomberos me recogió; una enfermera me analizó y me atendió rápidamente, me cosió; así pude salir nuevamente a la calle, a encontrarme con toda esa gente rara que va por allí y que uno no sabe cómo proceden, todos los que dicen encontrarse en los renglones olvidados de Dios, aquellos que él ni leyó ni escribió.

Enfrentaba el vértigo del infierno, como dirían otros, porque esto no es ficción, es pura realidad: enfrentarse a la calle es como estar en un desierto, donde uno no sabe para dónde va, solo se comienza a navegar entre las ausencias; sin pensar, estaba dispuesto a entrenar en los rigores de la vida mundana; por eso, apenas amanecía me dirigía a caminar por horas para encontrar el sustento diario; tenía muchos amigos, a los cuales les colaboraba con cualquier mandado, quienes me daban a cambio dinero o comida; con ello satisfacía la ansiedad y podía dedicarme más tranquilo a la siesta; en el cambuche, ya me comenzaba a ganar un poco el respeto, porque me mezclaba con los otros, con el mayor respeto; además, si era cuestión de pelear, también peleaba; después de todo, ya era costumbre verlos llegar y pelear por lo que fuera; todo se diluía en esos instantes recurrentes y destructores que van más allá de una existencia, un nombre o una etiqueta; todo ocurre en los vientos lejanos de lo que podemos ver, donde cada uno construye su historia en medio de pieles degradadas; al final, solo somos cadáveres llenos de historias, por eso una historia es lo que nos hace sentir vivos; relatar la historia de Abril y mi historia es lo que hace gozar el sufrimiento; somos seres que aman o que odian a veces, pero lo más importante es sentir más allá de las palabras, de los actos, porque no somos solo existencia, somos vidas rasguñadas por el tiempo.

Cada amanecer los sueños se rompían y solo quedaba ese momento de alegría vacía, el vicio, la calle, la noche, con todos sus sentidos y nuestros vacíos por llenar; solo nos

acompaña la luz de la luna para salir y volver solos. Después de mi captura, agradezco a los amigos de la cárcel, quienes me devolvieron la palabra; a todos los conocidos que acudieron a mi ayuda, pero, bien, después de todo solo queda el espacio vacío de los días que caen y el tiempo que lucha sin tregua y sin pasado, solo queda el recuerdo que calcina mis pensamientos envejecidos; ahora ya no lanzo ninguna flecha hacia el futuro, solo, con la certeza de lo posible en medio de la imposibilidad, como una estrella que cae sobre el horizonte en medio de la tormenta; sin embargo, mis días son azules; pues bien, señor juez, ahora que estoy preparado para mi condena, me doy cuenta que vale la pena escribir a cada paso.

II

Samuel Gómez, en este país uno paga muchas cosas que no ha hecho; debo señalar, sin embargo, que, como Juez, debo mantener a como dé lugar la justicia. Bien, sus relatos no me conmueven, ya que no son tan desquiciantes como las injusticias sociales que provocó la Segunda Guerra Mundial, pero, bueno, todo ha servido para determinar la naturaleza de sus comportamientos que, de una u otra manera, han sido orientados para que usted venga a la cárcel; algunos han declarado a su favor, pero no han esclarecido los hechos ante su imagen deformada; ahora, ante sus argumentos veo que es superflua una refutación, ya que se han convertido en un juego de conceptos que, de una u otra manera, tienen validez como defensa. A pesar de ello, me animo a condensar todos los resultados y resolver su problema para que no quede, como dice usted, sin ninguna esperanza, así que puedo asegurar que le queda un año de estadía en la cárcel.

Señor juez, reconozco que, como abogado de Samuel, tengo la función de concretar algunas cosas para determinar su salida un poco antes de ese tiempo, aquel que usted impone sin mayor reproche; confiero, también, la independencia de que los tribunales gozan, ya sea por razones históricas o administrativas; pues, bien, no me puedo oponer a la jurisdicción ni a la administración, así que yo y mi detenido acatamos esta sentencia hasta definir y resolver de modo claro los diversos actos por los cuales se le amplía la condena; sabemos bien que no podemos determinar la conducta de los hombres, mucho menos la de los tribunales; con esto, dejamos abierto nuevamente el caso, hasta que la ley nos dé una libertad garantizada o una manera de conducta determinada.

Al salir con el acusado del tribunal, no lo noté decepcionado; al contrario, al llegar a su celda me dijo que las opiniones de los hombres siempre divergen en cuanto a los valores de la sociedad; que, como tal, existen unas ideologías que encubren la realidad y, por lo tanto, hay que acatarlas, pues no se puede destruirlas y mucho menos reemplazarlas. Me había dado cuenta que, por mucho que haya sufrido, la cárcel no le ha hecho mella y que al final de sus días la conciencia y la razón comenzaban a dar sus frutos; consideraba que no había necesidad de ponernos en más vueltas para agilizar su salida, que ese año que le faltaba lo asumiría como cualquier año, como cualquier día, como cualquier semana, como esos momentos cuando uno se queda sentado en el umbral mirando la luna, la noche y escuchando los ruidos sin pensar en el tiempo. Sin embargo, era necesario animarlo, despojarse de las tristezas que a diario acechan y recordar los momentos que había compartido con la naturaleza, para que vuelva a tener auge la conciencia del hombre

tranquilo; habría que continuar con la vida en la cárcel, con ese desafío y esa aventura con los partidos de fútbol, las partidas de ajedrez, póker, dominó, parqués; también, con esa triste sed de venganza, de pelea, donde cada uno no es dueño de sus propias acciones y donde se pierde el control; donde no se agacha la cabeza y, por lo tanto, se vive en medio del peligro.

Su filosofía era la soledad, la sangre y el olvido, aquella que no se enseña en ninguna escuela, aquella que se aprende de la violencia a los 17 años; aquella de la lucha ante la muerte, donde a nadie le interesa la versión de un hombre ni mucho menos el fondo oscuro de la realidad que se vende en apariencias; pues, bien, aunque no muy preparado hizo sus primeras letras, sus primeras armas para defenderse, para defender la vida como única causa en un país trillado por la violencia absurda entre partidos e ideologías baratas; su único conocimiento, después de todo, fue la calle en sus diversas circunstancias y posibilidades, aquellas de miedo, miseria, persecución, amor y desesperanza ¿Dónde ir después de haber caído en la violencia? ¿Acaso al infierno? Me parece que él ya pagó sus culpas, después de haber aprendido una lección amarga y mortal, de vivir el terror de la naturaleza humana, aquella donde no es fácil luchar contra el destino, donde se ahoga la posibilidad de vivir en una sociedad con mejores oportunidades; me queda la satisfacción de ser defensor y amigo de este bandido, de este inocente que no tuvo la oportunidad de serlo.

III

Visitaba a Desquite todos los jueves y martes en la tarde; caminaba ocho cuerdas hasta llegar a la cárcel; a pesar de que era su defensor también era su amigo y me gustaba sentarme en el patio junto a él a mirar rodar la pelota como rueda la vida; nunca dejaron de impresionarme las charlas y todo el mundo interior que se ocultaba, todo ese misterio que, de una u otra forma, le hace falta al hombre durante el transcurso de su vida. Una tarde de martes, un 13 de julio, llamaron a casa diciéndome que había muerto, que había sido asesinado en una pelea en el patio principal; llegué rápidamente al lugar y observé su cuerpo acribillado, víctima de tres puñaladas en el costado izquierdo; sus amigos me contaron que había entrado en defensa de Juan, a quien se lo llevaron con heridas graves al hospital; al parecer, era una venganza por parte de los Ángeles Negros, quienes la tenían casada con los Dragones y no esperaron a que Juan salga de la cárcel; al final, como Desquite estaba allí cubriendo a su amigo, se lo llevaron por delante; supongo que de aquí en adelante no habrá ley para este bandolero, para este malhechor que se desquita con las palabras. Se desquitaba, lo mataron y tenía que morir como mueren los bandidos; su cadáver flaco, alucinado, apareció en los diarios; siempre me pareció trágico el destino de ciertos hombres, a los cuales se les escapó de las manos la posibilidad de una suerte mejor, pero aquel no tenía una apariencia de bandolero, porque había muerto con la decencia y la ferocidad de defender las causas justas, como aquel que se siente despojado de sus mismos sueños, como aquel que se queda corto, en el último capítulo, ante las ganas de vivir y de escribir.

NOTAS

1. LAVOE, Héctor. Periódico de ayer. Canción y letra, s.f.
2. BUKOWSKI, Charles. El infierno es un lugar solitario. San Isidro: Txalaparta, 2013. p. 53
3. PORTELA, Carlos. La Bronca. Cantautor argentino: Canción y letra, s.f.
4. SABINA, Joaquín. Aves de Paso. Cantautor español: Canción y letra, s.f.
5. CIORAN, Emil. En las cimas de la desesperación. Barcelona: Tusquets Editores, 1991.
6. ONFRAY, Michel. La construcción de uno mismo. La moral estética. Buenos Aires: Editions Grasset & Fasquelle, 1993.
7. EXTERMINADOR, GRUPO. La Cruz de Marihuana. Música popular colombiana: Canción y letra, s.f.
8. SABINA, Joaquín. Quién se ha robado el mes de Abril. Cantautor español: Canción y letra, s.f.
9. SABINA, J. y SERRAT, Juan Manuel. No hago otra cosa que pensar en ti. Cantautores españoles: Canción y letra, s.f.
10. PAEZ, Fito. Al lado del camino. Cantautor argentino: Canción y letra, s.f.
11. JARAMILLO, Julio. Sendero de Amor. Cantautor Ecuatoriano: Canción y letra, s.f.
12. CIORAN, Emil. En las cimas de la desesperación. Barcelona: Tusquets Editores, 1991.
13. BINOMIO DE ORO DE AMÉRICA. Qué Bonito. Música vallenata: Canción y letra, s.f.
14. CAIFANES. Ayer me dijo un ave. Canción y letra, s.f.
15. CAICEDO, Andrés. El atravesado. Bogotá: Norma, 1997.

BIBLIOGRAFÍA

- BAJTÍN, MIJAIL. *ESTÉTICA DE LA CREACIÓN VERBAL*. Madrid, España: Siglo Veintiuno Editores, 1982.
- BENEDETTI, MARIO. *LA TREGUA*. Bogotá: Planeta colombiana Editorial , 2012.
- BLANCHOT, MAURICE. *EL LIBRO QUE VENDRÁ*. Caracas, Venezuela: Monte Avila Editores, 1959.
- BUKOWSKI, CHARLES. *EL INFIERNO ES UN LUGAR SOLITARIO*. San Isidro: Txalaparta, 2013.
- CAICEDO, ANDRES. *EL ATRAVESADO*. Bogotá: Norma, 1997.
- CAICEDO, DANIEL. *VIENTO SECO*. Bogotá: Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1954.
- CHAPARRO MADIEDO, RAFAEL. *EL PÁJARO SPEED Y SU BANDA DE CORAZONES MALEANTES*. Zaragoza, España: Tropo Editores, 2012.
- . *OPIO EN LAS NUBES*. Bogotá: Babilonia, 2002.
- CIORAN, EMIL. *EN LAS CIMAS DE LA DESESPERACIÓN*. Barcelona: Tusquets Editores, 1991.
- CORTÁZAR, JULIO. *HISTORIA DE CRONOPIOS Y DE FAMAS*. Buenos Aires: Alfaguara Biblioteca Cortázar, 1962.
- DELEUZE, GILLES. *CRÍTICA Y CLÍNICA*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- ECO, UMBERTO. *CONFESIONES DE UN JOVEN NOVELISTA*. Barcelona: Random House Mondadori, 2011.
- HANDKE, PETER. *LA TARDE DE UN ESCRITOR*. Madrid: Alfaguara, 1995.
- JIMÉNEZ, ALEX. *AL SUR DE LA LOCURA*. San Juan de Pasto: Edinar, 2016.
- KUNDERA, MILAN. *EL ARTE DE LA NOVELA*. Barcelona: Tusquets Editores, 1985.
- . *LA LENTITUD*. Barcelona: Tusquets editores , 1985.

- LARROSA, JORGE. *LA EXPERIENCIA DE LA LECTURA*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. *CONSIDERACIONES INTEMPESTIVAS*. Buenos Aires: Alianza Editorial, 2002.
- . *LA CIENCIA JOVIAL "LA GAYA SCIENZA"*. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores, 1985.
- ONFRAY, MICHEL. *LA CONSTRUCCIÓN DE UNO MISMO- LA MORAL ESTÉTICA*. Buenos Aires: Libros Perfil, 2000.
- RIMBAUD, JEAN ARTHUR. *UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO*. Librodot. Com. PDF, 1873.
- ROSETO, EVELIO. *JULIANA LOS MIRA*. Bogotá: Planeta colombiana , 2015.
- SÁBATO, ERNESTO. *LA RESISTENCIA*. Buenos Aires: Seix Barral, 2000.
- VOLPI, JORGE. *LEER LA MENTE- El cerebro y el arte de la ficción*. Editor digital www.lectulandia.com, 2007.